

7482

N.º 606/15 en 1862

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

NATIVA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N.º 9.
1861.

L47 - 5256

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antaño.
Abelardo y Eloísa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heroico*.
Batalla de reñás.
Berta la flamenca.
Barometro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañazares y Guevara.
Cesús suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empuña un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suero.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Catalina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está local!
En mangas de camisa.
El que no cree... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el mirinaque.
¡Es una malval!
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El oceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afán de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada día.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquésito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Rena, ó hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huésped.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcón.
Indicios vehementes.
Isabel de Medicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amantes de Chinchón.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey Rene.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofofia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apartencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escuela del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegoria).
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento...
La agenda de Correlargo.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martín Zurbano.

55-6

PERSONAJES ACTORES.
NATIVA.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. EMILIO ALVAREZ.

Representado por primera vez en el teatro del Príncipe el día 6
de Diciembre de 1861.



La propiedad de este libro pertenece a su autor, y nadie podrá sin
su consentimiento reproducirle en España y sus posesiones,
ni en las partes con que haya o se hubieren en adelante relaciones
literarias.
Las autoridades de la censura dramática y literaria de España
son, así como las de la censura de las obras de ciencias y de las
de las artes, las que se encuentran en los libros de la Real
Academia de la Lengua y de la Real Academia de Ciencias y Artes.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1861.

PERSONAJES. ACTORES.

NATIVA..... D.^a TEODORA LAMADRID.
 LINDO..... D.^a CAROLINA TORAL.
 D. JUAN DE AUSTRIA... D. PEDRO DELGADO
 EL CONDE DE TENDILLA. D. PEDRO MONTAÑO.
 DANIEL EL ZAMAR..... D. JUAN CASAÑER.
 JACOBILLO MEDRANO... D. MARIANO FERNANDEZ.
 UNA ABADESA..... D.^a BALBINA VALVERDE.
 Monjas, Estudiantes.

D. EMILIO ALVAREZ

Representado por primera vez en el teatro del Príncipe de día 6 de Diciembre de 1861.

La acción del primero y segundo acto en Guadix. La del tercero en Granada.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galería dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos. Queda hecho el depósito que marca la ley.

Debiera leerse tu nombre al frente de estas líneas?

No. Ignoren todos á quién van dirigidas, asi como todos ignoran quién me inspiró los mas sentidos conceptos de mi *Nativa*; dónde y cuándo les dí luego nombre de drama, y cómo y por qué se representó este drama en el teatro del Príncipe.

Ignoren todos, pues, lo que esta página significa para nosotros dos.

Tú, á quien vá dirigida, recuerda al fijar en ella tus ojos, que cumple mi mas ardiente deseo, al dedicarte de nuevo mi drama.

Harto sé que le tienes singular predileccion: bien haces; quíerele mucho: tuyo es, como es tuyo el constante cariño de tu

Emilio.

ACTO PRIMERO.

Patio de una posada en Guadix. Á la izquierda en primer término una escalera que conduce á un corredor practicable, en cuyo término se vé una puerta que significa ser de la habitacion de Nativa. En el ángulo izquierdo la puerta de entrada. Otra puerta en el ángulo derecho, que dá paso á las habitaciones interiores. Á derecha é izquierda mesas y bancos de pino. Otra puerta á la derecha en primer término.

ESCENA PRIMERA.

DANIEL, el CONDE DE TENDILLA.

- CONDE. Guárdeos Dios, maese Andres! (Entrando.)
DANIEL. Señor Conde, que él os guarde.
CONDE. Cerrad el meson, que es tarde.
DANIEL. Aun no es de noche.
CONDE. Si es.
¿Hay huéspedes?
DANIEL. Hay.
CONDE. Serán trajineros.
DANIEL. Estudiantes.
CONDE. Hacedlos dormir.
DANIEL. Es que antes de acostarse, cenarán.
CONDE. Que haya silencio hais de hacer.

¿Cuidais á esa dama?

DANIEL.

Si.

Del trato que encuentra aqui
ella os puede responder.
Cuando vine, un mes hará,
á ser dueño del meson,
la hallé en esa habitacion
que paga dos años há.
Cuidarla es mi afan mayor;
ello en fin... vive en posada,
pero mi trato la agrada,
mas que el de mi antecesor.

CONDE. Por vuestra solicitud. (Dándole una bolsa)

DANIEL. Gracias; obré cual debia;
que mas cuidado exigia
su quebrantada salud.

CONDE. Bueno; mas ya ha concluido
vuestra mision.

DANIEL. ¿Por qué asi?

CONDE. Porque ella sale de aqui
para no volver.

DANIEL. (¿Qué he oido?)

¿Y cuándo deja el meson?

CONDE. Dentro de una hora.

DANIEL. Lo siento.

(¡Oh, no hay que perder momento!)

CONDE. ¿Qué murmuras?

DANIEL. ¡La oracion!

(Suena lejano el toque de oracion. El Conde sube
á la habitacion de Nativá y observa desde la puerta.)

¿Qué es lo que acabo de oír?

Van á separarnos... ¡Oh!

Vaya donde quiera, yo

sus pasos he de seguir.

Pero ella ama á los cristianos;

si entre ellos se vá... ¿qué espero?

¡Valor! Ó á sus manos muero,

ó la arranco de sus manos.

ESCENA II.

(DANIEL, JACOBILLO, ESTUDIANTES.)

JACOB. ¡Posadero! Entrad. (Desde el foro.)

DANIEL. ¡Chiton!

(Á los Estudiantes que entran en tumulto.)
No hagan ruido.

JACOB. No le harán.

Mas decidme, dónde estan
las mozas de este meson?

DANIEL. ¿Quién las llama?

JACOB. ¿Quién las llama?

(Pavoneándose.)

Yo.

DANIEL. ¿Vos?

JACOB. Enviadme dos.

DANIEL. ¿Mas qué os hace falta á vos?

JACOB. Servicio de cena y cama.

Y habeis de entender que quiero

buena cama y mejor cena;

porque traigo bolsa llena,

y me dá enojo el dinero.

ESTUD. Y á mí; y á mí.

DANIEL. No hagan ruido.

CONDE. ¡Silencio! (Bajando.)

DANIEL. ¿Callareis?

ESTUD. No.

JACOB. ¿Quién dijo silencio?

CONDE. Yo.

JACOB. Afuera el entrometido.

ESTUD. Afuera.

CONDE. ¡Silencio!

ESTUD. Afuera.

CONDE. Si otra vez oigo tú acento,

(Oprimiendo el brazo de Jacobillo.)

saldrá tu postrer aliento

con tu palabra primera.

ESTUD. ¡Á él!

CONDE. Canalla... sois pocos.

(Los Estudiantes retroceden.)

¿Teneis algo que añadir?
Maese Andrés, haced dormir
á esa cuadrilla de locos.

(Se vá por la derecha. Lindo llega por la izquierda.)

ESCENA III.

LINDO, JACOBILLO, DANIEL, ESTUDIANTES.

ESTUD. ¡Á él!
LINDO. ¿Hay pendencia?
DANIEL. Es llano;
los han insultado.
LINDO. ¡Oh!
¿Cómo y quién os insultó?
JACOB. No sé.
DANIEL. Un Conde castellano.
LINDO. ¿Qué decis?
DANIEL. El Conde exige
que nadie hable recio aquí.
Tal dijo...
LINDO. ¿Y callasteis?
DANIEL. Sí.
JACOB. Vos tambien...
DANIEL. Yo nada os dije.
LINDO. ¿Cómo? ¿y logró sorprenderos
un conde insolente? ¡Andad!
¡Mengua es tal debilidad
en mis bravos compañeros!
JACOB. Es que...
DANIEL. Es que en esta tierra
manda el príncipe don Juan,
y es arriesgado un desman
en estos tiempos de guerra.
LINDO. ¿Pues qué, porque vencedor
es del pendon africano,
usa el príncipe cristiano
tan inaudito rigor?
DANIEL. (¿Qué escucho?)
JACOB. (Nos has perdido.)
Calla por Dios.)
LINDO. ¿Qué es callar?

- Por mi fé que he de vengar
el insulto recibido.
Seguidme.
- DANIEL. Ya es vano empeño.
El Conde es asi... ¿qué hacer?
y ello es fuerza obedecer
al príncipe nuestro dueño.
El Conde cela el meson
en su nombre.
- LINDO. ¿Por qué asi?
- DANIEL. La dama que habita allí
es de tal celo ocasion.
- LINDO. ¿Quién es?
- DANIEL. Lo ignoro: allí está
desque la guerra empezó.
- LINDO. ¿Vive sola?
- DANIEL. Si: perdió
á su hijo dos años há.
- LINDO. ¡Oh!... dejadme entrar.
- DANIEL. No haré. (Deteniéndole.)
- LINDO. ¿Quién habita ese aposento?
- DANIEL. Una mujer.
- LINDO. (¡Qué tormento!)
¿Es de Granada?
- DANIEL. No sé.
- LINDO. ¿Cómo se llama?
- DANIEL. Isabel.
- LINDO. ¡Isabel! ¡No es ella!
(En el gesto de Daniel se ha de ver que adivina
quién es Lindo, expresando contento de conocerle.)
- DANIEL. (Á los estudiantes.) Vamos...
¿Cenan?
- JACOB. ¿Cenamos? (Consultando á Lindo.)
- LINDO. Cenamos.
(Gran alegría en los Estudiantes.)
- JACOB. ¿Háilo añejo? (Ademan de beber.)
- ESTUD. Dadnos de él.
- JACOB. ¿Hay mucho?... (Ademan de comer.)
- DANIEL. De todo.
- JACOB. Quiero.
- DANIEL. ¿Sois casado?
- DANIEL. Sí, señor,

JACOB. ¿Hay carnero?

DANIEL. Del mejor. (Vase.)

JACOB. ¡Excelente posadero!

Id: saquead la posada.

UN EST. ¿Y tú?

LINDO. No vá.

JACOB. Enhorabuena:

que preparen buena cena,

que fué larga la jornada.

Y añadid á mi racion,

que ha de ser racion... visible,

una cazuela terrible

de sopas de ajo.

ESTUD. ¡Gloton! (Se van.)

ESCENA IV.

LINDO, JACOBILLO.

JACOB. ¡Ah! ya el sueño me atosiga.

(Bostezando. Lindo llega á Jacobillo y oprime con

fuerza su mano.)

¿Qué tienes?

LINDO. ¡Ay, Jacobillo,

soy muy desgraciado!

JACOB. ¿Tú?

¡Hay tal!... ¡Si llevas camino

de llorar! ¡Tú! ¡Por mi nombre!

¡Tú lágrimas y suspiros!

¡Tú de entendimiento lleno!

¡Tú de espíritu tan rico!

Tú de todos el mas bravo...

de todos el mas altivo...

tanto... que por jefe nuestro

unánimes te elegimos,

y al darte amor y respeto,

dímoste el nombre de Lindo.

¿Qué hay en tí que así te apena?

¿qué dolor llevas contigo?

LINDO. Oye: ¿sabes por qué vamos

á Granada?

JACOB. No adiyino...

- Dijiste... «á Granada,» y todos
á Granada te seguimos.
Pienso, que estudiantes pobres,
á hacer suerte decididos,
vamos á Granada, para
salir de Granada ricos.
- LINDO. ¡Es que Granada es mi patria!
JACOB. Lo sé.
LINDO. ¡Es mi suelo nativo!
JACOB. ¡Vuelta!
LINDO. ¡Allí nací!
JACOB. ¡Otra vez!
Dime aun que eres granadino.
LINDO. Mi padre... ¡si tú supieras!
JACOB. Tu padre...
LINDO. ¡Ay! ¡Le he perdido!
JACOB. Tambien lo sé.
LINDO. Es que tú ignoras...
(Trayéndole á sí.)
¿Sabes tú de quién soy hijo?
JACOB. ¿De quién? Habla.
LINDO. Eres cristiano;
vas á aborrecerme.
JACOB. Dímelo.
LINDO. Del valiente Aben-Humeya
sangre en mis venas abrigo. (Con orgullo.)
JACOB. ¡Poder de Dios! ¿Tú eres moro?
LINDO. De ellos vengo.
JACOB. ¡Jesucristo!
LINDO. Cristiano en la forma;
JACOB. ¡Ya!
¿como quien dice... mestizo!
LINDO. ¿Huyes de mí?
JACOB. La sorpresa...
la... ¡pues! ¡Es moro! ¡Dios mio!
LINDO. ¿Ya no me quieres?
JACOB. Si... pero...
LINDO. No me niegues tu cariño.
¡Mi madre es cual tú, cristiana,
y me quiere con delirio!
JACOB. ¿Cristiana de corazón?
LINDO. Adora en la cruz.

- JACOB. ¡Qué lío!
(Daniel asoma en este momento observando á Lindo con interés.)
- LINDO. Tal es mi pena, Jacobo;
hallar á mi madre ansío,
mas la sombra de mi padre
se interpone en mi camino,
y el término no hallaré
sin vengarle.
- JACOB. ¡Dios bendito!
¿Y en quién vengarle?
- LINDO. En cristianos.
- JACOB. Queda en paz.
- LINDO. Es mi destino.
Aun albergan esas sierras
vasallos del padre mio.
Allí Daniel el Zamar
acaudilla á los moriscos,
que á mi desdichado padre
alzaron rey allí mismo.
Noble es Daniel, y será
fiel y esforzado caudillo:
su adhesión á la persona
de mi padre, le hace adicto
á la mia: á verle voy:
en él mi venganza fio;
vencer ó morir con él
es mi suerte; á eso he venido.
- JACOB. ¡Un hijo de Aben-Humeya! (Persignándose.)
La Virgen vaya conmigo. (Se vá.)

ES CENA V.

LINDO, DANIEL.

- DANIEL. Á tiempo llegué.
(Después de asegurarse que estan solos y en voz
baja á Lindo.)
- LINDO. ¿Vos?
- DANIEL. Si.
- LINDO. ¿Quién sois vos?
- DANIEL. Quien vá á serviros.

Al sucesor de mi rey
en vos he reconocido.
¿Recordais vos mis facciones?
Miradme bien.

LINDO. — No adivino...

DANIEL. Si; tú me has visto en Granada;
eras entonces muy niño...
¡pero... recuerda!

LINDO. ¡Esperad!

DANIEL. ¡Si; yo en Granada os he visto!

LINDO. ¡Miráme bien!

LINDO. ¡Oh! ¡qué idea!

DANIEL. ¿Seriais vos?...

DANIEL. ¡Si!

LINDO. ¡Dios mio!

Vos sois Daniel el Zamar.

DANIEL. ¿Me conoces?

LINDO. Si.

DANIEL. ¿Eres hijo

de Aben-Humeya! ¡Tu mano!

(Presentando la suya.)

LINDO. Tomad.—¡Venganza!

DANIEL. ¡Sigilo!

Fingiendo origen y nombre

me hallo aquí.

LINDO. Contad commigo.

DANIEL. Poco hace saber querias
si esa mujer... no te he dicho
su nombre. Pero ante todo,
¿eres de tu raza digno?
Lo eres; dicenlo esos ojos.
Nacida en la fé de Cristo,
esa mujer hubo el nombre
de Nativa... Tuvo un hijo...

LINDO. ¡Mi madre!

(Se dirige precipitadamente á la escalera.)

DANIEL. Un momento. (Interponiéndose.)

LINDO. ¡Atrás!

DANIEL. Escucha. Ama con delirio
á un altivo castellano.

LINDO. ¿Ella?... (Deteniéndose.)

DANIEL. Pronto en este sitio

- le verás.
- LINDO. ¡Su nombre!
- DANIEL. El príncipe!
- don Juan de Austria.
- LINDO. ¡Dios mio!—
- DANIEL. ¡Venganza!
- En su nombre un Conde...
- DANIEL. el de Tendilla.
- LINDO. ¡Qué he oído!
- DANIEL. Viene á verla en mengua tuya.
- LINDO. ¡Él!
- DANIEL. ¿No lo has visto ahora mismo?
- LINDO. ¡Es verdad!
- DANIEL. Hace dos años
por orden superior vino
á Guadix: por él guiada
hospedóse en este sitio
una mujer: allí está. (Señalando la habitación.)
- LINDO. ¡Es mi madre! (Con desaliento.)
- DANIEL. ¡Infeliz niño!
- ¡Madre cruel!
- LINDO. ¡Es mi madre!
- (Yéndose con energía.)
- DANIEL. De Aben-Humeya eres hijo!
- (Con énfasis, interponiéndose.)
- LINDO. ¡Me haceis mal!
- DANIEL. Escucha aun.
- Allá en profundo sigilo,
siendo ya entrada la noche,
un hombre vendrá á este sitio,
por tu madre: ella le ama;
él es poderoso, altivo,
y con él parte de aquí.
- LINDO. ¡Mi madre!
- DANIEL. Es fuerza impedirlo.
- LINDO. ¡Sí por Dios!
- DANIEL. Solo hay un medio.
Sepa que se halla su hijo
amenazado de muerte,
si escucha amor tan indigno.
- LINDO. Sí, corro en su busca.
- DANIEL. No.

No ha de creer por tí mismo,
viéndote libre en sus brazos,
que tu vida está en peligro.

LINDO.

Es verdad.

DANIEL.

Aquí hay papel.

(Mostrándole una mesa en que habrá papel y tintero.)

Ten y escribe.

LINDO.

Yo...

DANIEL.

Es preciso.

LINDO.

Vos sois Daniel el Zamar,

DANIEL.

Yo creo en vos. Dictad.

DANIEL.

Dicto.

(Dictando.) «Al portador de estas letras

atended.» (¡Cándido niño!)

«Mi vida es suya.»—Firmad.

Bien. Guardando el papel que le entrega Lindo.)

LINDO.

¡Venganza! En vos confío.

DANIEL.

Fía en mí.

LINDO.

El de Tendilla...

¡Vengarme de él necesito!

Por mandato de ese conde

fui á Sevilla conducido.

Hasta hace un mes, encerrado

me tuvo; hallé al fin camino

de escapar, vuelo en su busca;

le hallo al fin... ¡Dios sea bendito!

DANIEL.

Espera allí.

(Señalándole la primera puerta de la derecha.)

¡Buscaremos

el mas terrible castigo!

LINDO.

¡El mayor!

DANIEL.

Entra.

LINDO.

¡Mi madre!

(Queriendo volver.)

DANIEL.

Mancha con amor indigno (diciéndole.)

el nombre de Aben-Humeya.

LINDO.

¡Mi madre! (Dudando.)

¡No; padre mio!

(Con resolución.)

Desaparece.)

ESCENA VI.

ANDRES.

¡Oh! ¡qué ocasion de venganza
hoy me brinda la fortuna!
Pobre niño... ¡vienes ciego!
¡Tú eres mi esperanza única!
Nativa... mia serás,
que tu hijo viene en mi ayuda.

(Nativa asoma en este momento y desciende con
anhelante y cuidadosa accion. Daniel logra recatar-
se de ella.)

¡Qué veo!... Ella es... el príncipe
vá á llegar... viene en su busca.

ESCENA VII.

NATIVA, DANIEL.

NATIVA. Soledad... silencio... ¡oh!
¡qué rumor!..

(Llegando hasta la puerta del foro.)

Nada se escucha.

¡Cuánto tarda! ¡Oh, noche, avanza!

¡Tú su llegada me anuncias!

¡Tú meces mis ilusiones!

¡Tú mis lágrimas enjugas!

¡Tu blanca luz, luna hermosa,

días mejores me augura!

¡Yo elevo á tí la mirada

buscando amor! ¡Tú que endulzas

mis penas, dime si ahora

con igual mirada busca

el hijo mio mi afan

en tu luz serena y pura!

DANIEL. No. (Llegando á su lado cautelosamente.)

NATIVA. ¡Dios mio! ¡Daniel! (Huyendo sobrecogida.)

DANIEL. ¡No!

NATIVA. ¡Vos! ¡siempre vos!

- DANIEL. Ven; no huyas.
Quiero hablarte.
- NATIVA. No.
DANIEL. ¿Y tú hijo?
¡Escucha esta vez!
- NATIVA. ¡La última!
DANIEL. La última... si; todo está
dispuesto para tu fuga;
lo sé: puedes huir de mí;
yo te permito que huyas;
mas te alejas para siempre
del hijo amado que buscas.
- NATIVA. Mi hijo...
DANIEL. Se halla en mi poder.
NATIVA. ¡Mentis! ¡Villana impostura!
Harto logró vuestro engaño
empeñarme en una lucha
que odia mi lealtad, si bien
el ser madre la disculpa.
No se halla en vuestro poder
el hijo mio.
- DANIEL. ¿Hoy lo dudas?
NATIVA. Nécia de mí que dudé,
sabiendo quién sois.
- DANIEL. ¿Me insultas?
NATIVA. Si; conozco vuestro origen,
y haré vuestra audacia pública.
Vos sois Daniel el Zamar!
- DANIEL. ¡Calla! (Atemorizado.)
NATIVA. No: tan vil astucia
no ha de evitar por mas tiempo
que vuestros planes descubra.
Sé que al príncipe don Juan
acechais, y aqui os oculta
un deseo de venganza
propio de vos.
- DANIEL. ¡Calla!
NATIVA. ¡Nunca!
- DANIEL. ¡Sigueme!
NATIVA. ¡No!
DANIEL. ¡Huye conmigo!
Deja á los cristianos!

- NATIVA. ¿Que huya?
DANIEL. Pronto, Nativa!
NATIVA. ¡Ese nombre!...
DANIEL. Es el tuyo; el que hoy ocultas
entre cristianos: tú eres
Nativa de Rojas, viuda
del feroz Aben-Humeya!
NATIVA. Salid de aquí.
DANIEL. Antes escucha.
Tu hijo está en mi poder;
me crees?
NATIVA. No.
DANIEL. Oye y juzga.
Fué á Sevilla conducido
dos años hace; sin duda
temiendo la guerra, al Conde
encargaste su clausura,
y ausente y quieto le tuvo,
sin faltar noticias tuyas.
Pero al fin logró escapar;
¿lo ignoras?
NATIVA. (¡Cruel angustia!)
DANIEL. Yo, por vencer tu desden,
fui la ocasion de su fuga:
mío es, no huyas de mí,
porque su muerte es segura.
Cede hoy á mis mandatos,
pues no cediste á mis súplicas.
NATIVA. ¡Oh! jamás.
DANIEL. ¡Piensa en tu hijo!
NATIVA. No se halla con vos.
DANIEL. ¿Aun dudas?
NATIVA. ¡Mentis! ¡Sois un miserable!
¡Os desprecio!
DANIEL. ¿Qué pronuncias?
Lee, desdichada, lee,
y tiembla.
(Mostrándola el papel en que escribió Lindo.)
NATIVA. ¿Qué es esto?
DANIEL. Escucha.
«Al portador de estas letras
atended; mi vida es suya.»

- NATIVA. ¡Su letrá! ¡Jesus me valga!
- DANIEL. ¡Lee!
- NATIVA. ¡Que Dios os confanda!
- DANIEL. Bien. (Guardando el papel y alejándose.)
- NATIVA. (Deteniéndole.) ¡Mi hijo!
- DANIEL. ¡Tú lo quieres,
que su destino se cumpla!
- NATIVA. ¡Ah! ¡Perdon! ¡Muévaos mi llanto!
Compadeced mi amargura.
¡Hijo mio!... ¿Dónde está?
Dádmelo... ¿quereis que huya?
Vamos. ¿Qué ordenais? en mí
no hay más voluntad que una:
la vuestra... ¡Perdon, Daniel!
Yo he sido contigo injusta,
lo confieso, pero tú
perdonarás mis injurias,
¿verdad? ¿Dónde está mi hijo?
Partamos, ¿dónde le ocultas?
¿Le hablaste de mí? ¿Qué dice?
Tal vez de cruel me acusa
porque ausente de él viví
dos años!... ¡suya es la culpa!
que un día, huyendo mi amor,
indiferente á mi súplica,
quiso á la guerra partir
contrario á la causa justa!
Mas ya no hay guerra... y él vive!
¿verdad?... ¿Tú me lo aseguras?
¡Salvé su vida, y su alma
salvaré, que Dios me ayuda!
¡No burles tú mi deseo!
¡No mates mi ambicion única!
¡Nunca le hables de su padre!
¡No le hables de tu ley nunca!
¡No triunfes de su inocencia!
¡de mí si quisieres triunfa!
¡Dame libre al hijo mio,
y mi vida entera es tuya!
- DANIEL. Bien, Nativa: escucha ahora
mis condiciones.
- NATIVA. Pronúncialas.

- DANIEL. No quiero que huyas conmigo.
Renuncio á tu amor.
- NATIVA. (Recelosa.) ¿Renuncias?
- DANIEL. Tú me aborreces.
- NATIVA. No.
- DANIEL. Si.
Hoy solo quiero tu ayuda
para vengarme.
- NATIVA. ¿Qué intentas?
- DANIEL. ¡Satisfaccion de mi injuria!
Intento hacerte mi cómplice,
y que en tí á la par se cumpla
mi venganza, cuando al príncipe
abras tú misma la tumba.
- NATIVA. ¡Qué horror!
- DANIEL. ¿Te estremeces? Le amas.
- NATIVA. ¡Oh!
- DANIEL. ¡Ni una palabra, ni una!
(Interrumpiéndola.)
Hay un hombre á quien el príncipe
con incansable afan busca;
que acaudilla gente mora
en esas sierras oculta;
ese hombre soy yo. Las señas
pude cambiar que me acusan.
Nombre y calidad fingí.
Mira tú como aseguras
mi persona. Ay de tu hijo,
como á don Juan me descubras.
- NATIVA. ¡Oh, Dios mio!
- DANIEL. Partirás
esta noche... y luego... escucha:
yo en la habitacion del príncipe
quiero entrar... el medio busca.
- NATIVA. ¡Oh, no entrareis!
- DANIEL. ¡Entraré!
- Este papel lo asegura.
- NATIVA. ¡Trama infernal!
- DANIEL. ¡Chist! Si hablas
de mí...
(Apercibiéndose que llega gente, y acercándose á la
puerta de la derecha, por donde desaparece.)

NATIVA. ¡Ah! no.
DANIEL. Lengua muda.
(Desaparece á tiempo que llega el Conde por el fondo.)

ESCENA VIII.

NATIVA, el CONDE.

CONDE. (Llegando á ella con afanosa solicitud.)
¿Aqui vos?

NATIVA. Ah, Conde...

CONDE. ¿Y bien?

¿Os sentis mal? ¿Qué os inquieta?

NATIVA. Nada, á esperaros bajé...
la natural impaciencia...

CONDE. Bien veis que á don Juan precedo.

NATIVA. ¿Vá á llegar? (Sobresaltada.)

CONDE. Pregunta es esa

que don Juan no os perdonara,
pues que vos le esperais, piensa.

NATIVA. Yo... Conde...

CONDE. Dudais acaso

que ansioso á buscaros llega,
y que os previno en Granada
mas apacible vivienda?

NATIVA. ¡Qué bueno es don Juan! ¡Que Dios
premie su bondad extrema!

CONDE. Y su amor.

(En tono confidencial.)

NATIVA. ¡Conde!...

(Sobresaltada y mirando con inquietud la puerta por donde salió Daniel.)

CONDE. ¡Él os ama!

NATIVA. ¡Callad!

CONDE. ¿Qué inquietud es esta?

¿Os sentís mal?

NATIVA. ¡Conde, sí!

¡Porque... porque estoy enferma!

Bien lo veis... me sobresalta

la novedad mas pequeña...

y por eso... es menester

que mi viaje se suspenda...
¡Y el príncipe vá á llegar!
¡Viene por mí... que no venga!
Impedidlo vos... aquí
cien enemigos le acechan...
bien lo sabeis... y la noche...
la soledad... yo quisiera
partir con vos... con vos solo!
Y... no puedo; me sujeta
aquí mi estrella, y en vano
intento huir de mi estrella!
Y además... ¿nadie nos oye?
no.—Tal vez mi hijo sepa
que estoy aquí... Tal vez llegue
en busca mía... y si llega,
y ve que á don Juan seguí...
no ignorais cuánto me cuesta
su funesto error. Id, Conde.
No me habéis; nada os detenga.
Id; suspended mi partida:
mirad mi afán!... Ved mi pena!
Ved que no sabeis á cuánto
don Juan en venir se arriesga.
Ved que su vida es mi vida,
y hay quien á su vida atenta.
¡Ved en fin, que vá á llegar!

CONDE. ¡Que no venga! ¡Que no venga!

¡Nativa, volved en vos!

NATIVA. ¿Qué extraña locura es esta?
Dad crédito á mis palabras
y partid.

(Evitándole y subiendo á su habitación.)

CONDE. ¿Que parta?

NATIVA. Es fuerza.

Silencio... y volved.

CONDE. ¿Yo?

NATIVA. ¡Vos!

(Próxima á desaparecer.)

¡Solo vos! Yo estaré alerta (Desaparece.)

ESCENA IX.

CONDE, luego JACOBILLO.

- CONDE. ¿Se niega á partir? ¿Qué es esto?
¿Quién tal misterio penetra?
Enferma está; sí. La fiebre
debilitó su cabeza!
- JACOB. ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Yo estoy muerto! (Entrando.)
¡No acierto á mover las piernas!
¡Entre nosotros un moro!
¡Un hijo de Aben-Humeya!
- CONDE. ¿Cómo?
- JACOB. ¡Lástima de mozo!
(Avanzando sin ver al Conde.)
¡Voto á!... Que de moros venga
quien tan lindamente trova,
y tan bravamente pega!
(El Conde sujeta á Jacobillo del brazo trayéndole á sí.)
¿Quién vá?
- CONDE. ¡Silencio!
- JACOB. ¡El soldado!
(¡Cayóse la casa á cuestras!)
- CONDE. ¿Dónde está?
- JACOB. (Oyó.)
- CONDE. ¡Pronto!
- JACOB. (¡Aquí
vá á haber alguna tragedia!)
- CONDE. Hablad.
- JACOB. Pero...
- CONDE. ¡Si no habláis
voy á arrancaros la lengua!
- JACOB. ¿Qué es arrancar? Yo hablaré,
vedme con la boca abierta.
- CONDE. ¿Quién le trajo? ¿quién sois vos?
¿Qué haceis aquí?
- JACOB. ¡Echa! ¡echa!
no pregunte usarcé tanto,
que me confundo... y me... (¡Aprieta!
(Reparando en la banda que trae el Conde.)

¡trae banda! ¡Es pájaro gordo!

Voy: perdone vuecelencia.

Soy Jacobillo Medrano;
noble, natural de Utrera,
soltero, estudiante, pobre...

CONDE.

Abreviad.

JACOB.

Tened paciencia;

que es fuerte el caso, y no es cosa
que el caso, acaso me envuelva.

El caso es que de Sevilla
salimos con hambre fiera,
veinte estudiantillos... ¿eh?
de esta facha... y de esta fecha;
dispuestos á correr mundo,
viajando... así... á la ligera!

Abreviaré. Pronto hallamos

una venta, y en la venta

dímos con un trovador

de habilidad estupenda!

Jovencillo... lindo rostro,

breve pié, gentil presencia,

franco, liberal, valiente,

gran corazon, gran cabeza...

¡Pobre Lindo!—Perdonad,

murió para mí... *requiescant*.

CONDE.

¿Vino entre vosotros?

JACOB.

¡Ay!

¡Ignorabamos quién era!

CONDE.

¿Y cómo supisteis?...

JACOB.

Voy.

Paciencia, señor, paciencia.

Con él la venta dejamos.

Sacó él de allí bolsa llena:

con la bolsa nos brindó:

¿quién tan gran merced no acepta,

si vé en gran bolsa, barruntos

de culinarias grandezas?

Nombrámoste jefe... y él

nos arengó... ¡brava arenga!

Dijo... «¡á Granada!» Y nosotros:

«¡adonde tu bolsa quiéral!»

Y así, en tranquilas jornadas,

sin afan, pierna tras pierna,
nos, en tristes alegrías,
y él, en alegres tristezas,
nos, comiendo, y él pagando,
dimos en Guadix.—Paciencia.

Solos aquí, llegó á hablarme.

Noté en él honda tristeza;

quise su pena inquirir...

encarecíome su pena!

«¿Me quieres?» dijo. «Te quiero.»

¿No sabes quién soy?—No; cuenta.

«Yo soy, añadió, ¡soy hijo

del valiente Aben-Humeya!

¡Jesucristo! exclamé yo,

y él—¡me quedo en estas sierras!»

¿Para qué?—¡Para matar

cristianos!—¡En paz te queda!

Y en tal punto le dejé,

sin despedirme siquiera;

y hace media hora que voy

por el meson dando vueltas,

indignado... y confundido...

y... ya sabe vuecelencia

lo demas. ¡Uff! Ya acabé;

¡respiro! ¡Salvé mi lengua!

CONDE. Pues oid, ¡y tened presente

que en ello os vá la cabeza!

Con él os dejo... ¿entendeis?

¡que nadie en el meson sepa

quién es él, y adónde vá!

Guardadle aquí hasta mi vuelta.

Si le descubris... ¡temblad!

Si huye... ¡temblad!

JACOB. Que le prendan.

CONDE. (Ordene el principe.)

JACOB. Pero...

CONDE. ¡Responde vuestra cabeza!

ESCENA X.

JACOBILLO.

¡De periculis eruumur!

¡tristis est anima mea!

¡Qué barbaridad! ¡No doy (Moviendo la cabeza.)
un maravedí por ella!

Es claro; él será el verdugo...

y yo seré... ¡soy un bestia!

Y ahora... ¿qué hacer? Lo primero
será salvar la pelleja.

Buscaré á mis compañeros.

Pero ¡ay, Dios mío!... ¿Y la cena?

ESCENA XI.

JACOBILLO, LINDO, DANIEL.

LINDO. ¿Qué es esto?

JACOB. Nada.

LINDO. Ya es tarde.

¿No duermes?

JACOB. Como tú quieras.

DANIEL. Salid de aquí.

JACOB. Está muy bien.

(Me pondré de centinela.)

ESCENA XII.

LINDO, DANIEL.

DANIEL. Esta es la hora.

(Dan las nueve en un reloj lejano.)

LINDO. ¡Oh, placer!

Voy á verle.

DANIEL. Pero...

LINDO. Es fuerza.

Quiero verle.

DANIEL. Ten presente

que es poderoso.

LINDO. Que sea.
DANIEL. Vá á vendernos tu altivez.
Calma, hijo mio, prudencia,
que asi los de nuestra raza
saben vengar sus ofensas.
¿Piensas tú que yo no ansío
hallar venganza completa?
¡Oh! sí; que mas la asegura
quien mas medita y espera.
Es aqui imposible. Aqui
sabe don Juan que le acechan
cien enemigos, y acaso
viste mallas, y está alerta.
No aqui; en su casa... ¿mas quién
dentro su casa penetra?
Busca tú algun medio... espíale:
de tí ninguno sospecha.
Breve rato estará aqui.
Cuando salga... con cautela
le sigues...

LINDO. Le seguiré.

DANIEL. Las calles estan desiertas...
¿Tienes armas?

LINDO. No.

DANIEL. Yo sí. (Le dá un puñal.)

Toma. Calla... alguien se acerca.
Él es.

LINDO. Dios le valga.

JUAN. ¡Hola!

(Apareciendo en el foro.)

DANIEL. ¿Quién vá allá?

ESCENA XIII.

D. JUAN, el CONDE, LINDO, DANIEL.

JUAN. Guardad la puerta.

CONDE. Él es. (Á D. Juan por Lindo.)

JUAN. Salid. Dios os guarde.

¿No habeis oido? (Dirigiéndose á Lindo.)

LINDO. No hay priesa.

JUAN. Salid.

- LINDO. Agrádame el patio,
que la noche está serena;
y en meson, el mejor sitio
es del primero que llega.
- JUAN. ¡Hola! parece que el mozo
es ligerillo de lengua.
- LINDO. Gústame serlo... porque
es mi mano mas ligera.
- JUAN. Llevaos de aquí á ese loco.
(Á Daniel con acento breve.)
- DANIEL. Ni una palabra. (¡Prudencia!)
(Conteniendo á Lindo y llevándosele.)

ESCENA XIV.

D. JUAN.

¡Su hijo aquí... y ella lo ignora!
¿Es esto posible?... ¡oh!
¿Á qué sospecha se atrevo
mi inquieta imaginación?
¿Ella ocultarme esta nueva?
¿Nativa engañarme?... ¡No!
Sola en el mundo vivia
sin mas amparo que Dios,
y á mí llegóse, invocando
la cristiana religion.
Yo fui en su amparo... y no puede
ser ingrata á mi favor.
Y si lo fuera... ¡ay de mí!
¡qué ciego amándola estoy!
¡Yo amo á esta mujer... pero amo
sintiendo en el corazon
inquietudes... celos... si ella
en su edad primera amó!...
¡Siempre esta ideal... ¡Nativa!
debiera huir de ella en razon;
al cabo fué esposa de un
enemigo de mi Dios.
¿Mas no es ampararla ley?
¡qué ciego me hace el amor!
Bien hago... y cumplo cual noble

si hago bien.—¡Conde!
CONDE. ¡Señor! (Llegando.)

ESCENA XV.

D. JUAN, el CONDE.

JUAN. Bien me dijiste; el rapaz
es de altiva condicion.

CONDE. ¿Y el hombre que le acompaña?
¡Traidores son ambos!

JUAN. ¡Oh!

¿Quién es ese hombre?

CONDE. El mismo

que me ordenais celar vos.

JUAN. Mas supiste...

CONDE. Un mes hará

que esta posada arrendó,

y supe su procedencia,

su nombre y su condicion,

por los papeles é informes

que al antiguo dueño dió.

Mas siempre de él sospeché.

y siempre en su acecho estoy.

Tras él vine hace un momento,

y ocultóse al llegar yo.

Con él se hallaba Nativa,

y su extraña turbacion,

y el negarse hoy á partir,

confieso que me alarmó.

JUAN. ¿Es posible?

CONDE. Si; en mis gentes

corre ya de voz en voz,

que este es Daniel el Zamar,

el jefe de la faccion

morisca.

JUAN. ¿Cómo? ¿Y Nativa

habla con ese traidor?

CONDE. Yo en fin...

JUAN. Ir al fin derecho

es lo mas prudente.

CONDE. Yo...

- JUAN. ¿Nativa conoce á ese hombre?
CONDE. Lo ignoro...
JUAN. ¿Hay tal confusion?...
Mas basta ya. Pues que ella
desdeña nuestro favor,
prende á ese hombre, y de este asunto
olvidémonos desde hoy.
- CONDE. ¿Eso pensais?
JUAN. Pienso, Conde,
salir ya de esta ocasion.
¿Qué dirá el mundo, si sabe
que loco siguiendo voy
desdichas de una mujer
con tal empeño?
- CONDE. ¡Señor!
El mundo os conoce bien,
y esto pensará de vos:
que acabasteis esta guerra
cumpliendo como quien sois;
que sois de nobleza rico,
y rico de corazon;
y un corazon con nobleza
es pródigo en dar favor.
- JUAN. ¡Qué bien me conoces, Conde!
¡Qué dignas tus frases son!
Cuidemos pues de Nativa.
Su ventura anhelo yo,
y nada ma. Su hijo viene
á asegurársela hoy.
- CONDE. ¿Cómo pues?
JUAN. Siento deseos
de alcanzar su salvacion.
- CONDE. ¿Qué decis?
JUAN. Salvarle quiero.
- CONDE. Dificil empresa.
JUAN. ¡Oh! (Con alegre expresion.)
CONDE. Sé que á estas sierras le trae
su perversa inclinacion.
- JUAN. Tengo fé... y he de salvarle,
que en tal compromiso estoy.
Conmigo saldrá de aqui.
¿Viene solo?

- CONDE. No, señor.
JUAN. ¿Quién le acompaña?
CONDE. Estudiantes.
JUAN. Gente alegre: llámalos.
Lleva á ese hombre á mi morada.
CONDE. Bien está. (Se vá.)
NATIVA. Él es.
(Asomándose á la puerta de su habitacion.)
¡Señor!
(Desciende y examina la escena detenidamente.)

ESCENA XVI.

NATIVA, D. JUAN.

- JUAN. ¿Qué haceis?... Recelo vano.
NATIVA. Aunque él te cause enojos,
ni llego á tí de hinojos,
ni he de besar tu mano.
No mi desden condenes;
mas vienes mal, don Juan, si por mí vienes.
JUAN. (¿Qué es esto?) Adios, señora.
Por siempre, si hoy os deja,
de vos don Juan se aleja.
NATIVA. Aléjate en buen hora.
JUAN. ¿Y vos?
NATIVA. Sin calma quedo.
JUAN. ¿Á Granada no vais?
NATIVA. ¡Don Juan... no puedo!
¡Mi estrella aqui me atal
¡Nunca vencerla esperes!
JUAN. ¡Ingrata!
NATIVA. ¿Qué profieres?
¡No me juzgues ingrata,
que lloro tu partida,
y al perder tu favor, pierdo la vida!
JUAN. ¿De qué estorbarlo pende?
¿Qué extraño sentimiento
embarga vuestro acento
y vuestra accion suspende?
¿Quién os habló que tenga
tan inmenso poder que asi os detenga?

- ¿Quién fué?
NATIVA. (¡Pregunta extraña!)
JUAN. Hablad.
NATIVA. (¡Oh! ¡tengo miedo!
No debo hablar... ¡no puedo!)
Con nadie hablé.
JUAN. (¡Me engaña!)
NATIVA. (¡Cruel zozobra siento!)
JUAN. (Turbada está: ¡con inquietud me ausento!)
¿Callais?... (¡Mi asombro crece!)
¿Jamás gozó vuestra alma
la bienhechora calma
que tanto afan merece?
¿Nada hay que dé en el suelo
á tal penar benéfico consuelo?
NATIVA. Nada mi afan espera.
JUAN. ¿Tal vez llorais perdida
una ilusion querida
de vuestra edad primera?
NATIVA. ¿Mis penas saber quieres?
JUAN. Si esto os contenta, hablad.
NATIVA. ¡Qué bueno eres!—
En sueños infantiles
pasé mi edad de niña,
hurtando á la campiña
sus flores mas gentiles,
triscando enajenada
por el bello pensil de mi Granada.
Y allí entre flores y aves
nació la ilusion mia;
que allí en grata armonia,
y allí en trinos suaves,
soñé entre aves y flores,
ricos sueños de cándidos amores.
¡Mas ay! ¡que fuí nacida
en hora desdichada;
y apenas terminada
la aurora de mi vida,
con bárbara inclemencia
ultrajaron mi cándida inocencia!
La enseña del cristiano
los míos siempre huyeron,

- y á un hombre, en fin, me unieron
de origen africano,
hollando á su fé impía
la fé cristiana que en mi pecho ardía.
Triste viví y llorosa
sumida en lazo impio;
fuí madre... en torno mio
ví una esperanza hermosa!
Y mi hijo... ¡pobre madre!
¡nació con las creencias de su padre!
¡En lecho de agonía
ví muerta mi esperanza!
Y al ver que en lontananza
mi sueño se perdía,
sentí dentro del pecho
latir mi corazón pedazos hecho.
Mi tálamo de flores
fué túmulo de abrojos;
y el llanto de mis ojos
no vieron mis mayores,
que para mas quebranto
murieron en su error sin ver mi llanto.
Tratóme, en fin, mi esposo
con bárbaro desvío.
Huía el hijo mio
mi beso cariñoso!
¡Lleva en tu despedida
la triste historia de mi pobre vida!
¡Fuí niña... fuí burlada!
Mujer... y fuí vendida,
esposa escarnecida,
y madre abandonada!
Mira si fuí dichosa,
bien niña, ó bien mujer, madre ó esposa!
- JUAN. (En tan sentido acento
no cabe la mentira.)
¡Vuestro dolor me inspira
profundo sentimiento!
- NATIVA. ¡Adios!
- JUAN. Dad tregua al llanto.
Don Juan disparará vuestro quebranto.
- NATIVA. ¡Es mucho!

JUAN. Mucho puedo.
NATIVA. Deja que bese ahora
tu mano bienhechora.
Adios, si han acechado...
vete, don Juan.
JUAN. ¡Adios! (Acompañándola.)
NATIVA. Sal recatado. (Váse.)

ESCENA XVII.

D. JUAN, CONDE, LINDO, JACOBILLO, DANIEL, ESTU-
DIANTES.

CONDE. (Á los Estudiantes.)
Adelante.
JACOB. (Viendo á D. Juan.) (¿Otro soldado?
¡Dios nos asista!)
JUAN. (Á Jacobillo.) ¿Quién sois?
JACOB. Un estudiante.
JUAN. (¡Buen porte!)
(Fijándose en Lindo, que viene á colocarse á la dere-
cha del proscenio, separado de todos.)
JACOB. (¡Dios mio! ¡Siento un temblor
en las piernas!)
JUAN. (Mirando detenidamente á Lindo que le observa á
su vez.)
Sereis todos
camaradas.
JACOB. Sí, señor;
todos somos estudiantes.
JUAN. ¿Y aquel? (Por Lindo.)
JACOB. ¿Aquel?... ¿Qué sé yo?
Es decir... no le conozco.
LINDO. Miente.
JACOB. Es decir... ¡voto á brios!
Que digan mis camaradas
si le conocemos.
ESTUDS. ¡No!
LINDO. ¡Mentis! ¡Voto á tal! ¡Mentis!
JUAN. (Interrumpiendo á Jacobillo.)
¡Silencio! Él tiene razon.
Yo sé que le conociais.

- ¿Por qué negarlo?
JACOB. Á eso voy.
Ante todo háis de saber
que soy buen cristiano.
LINDO. ¡Oh!
(Lindo clava una mirada en Jacobillo, con insistencia como lo marca el diálogo.)
JUAN. (Mirando de igual modo á Lindo.)
(¡Niño infeliz!)
JACOB. Por lo tanto,
tengo profunda aversion
(Observando de reojo á Lindo, atemorizado.)
á los moros... (¡Qué semblante!)
Y esto nó es decir que yo...
porque al cabo... (qué mirada!)
todos somos... ellos son...
Es decir... todos venimos
de un padre... y es cosa atroz
que ellos... y nosotros... ¿eh?
¿no es cierto? (¡Válgame Dios!)
¡Qué ojos! ¡Anda! ¡Y el soldado
(Por D. Juan.) ¡Qué horror!
cómo le mira! ¡Qué horror!
Van á matarse... de fijo.)
JUAN. ¿Sois buen cristiano?
JACOB. Si soy.
Oigo misa... y me confieso...
y ayuno... eso es de rigor.
¡Hoy aun no probé bocado,
y tengo un hambre feroz!
Y en suma, adoro en la cruz,
venero al rey, mi señor,
y amo al príncipe don Juan
con todo mi corazón.
Ansiando estoy conocerle.
JUAN. ¡Vedle! El príncipe soy yo.
JACOB. ¡Ánimas benditas!
JUAN. (¡Brilla
(D. Juan y Lindo cambian dos penetrantes miradas.)
en sus ojos el rencor!)
Ahora, pues que amais al príncipe,
que él corresponda es razon,

dándoos en su propia casa
lecho y cena.

JACOB. ¡Gran señor!

(Haciendo profundas reverencias.)

JUAN. Basta. Seguidme.

(Al salir D. Juan, el Conde se deja ver en el fondo, y mientras Lindo y Daniel cambian las frases que siguen, él atraviesa furtivamente la escena, ocultándose en la puerta de la derecha.)

LINDO. ¡Oh ventura!

(Acercándose gozoso á Daniel.)

El mismo dá la ocasion.

DANIEL. ¡Golpe seguro!

LINDO. ¡Os lo fio! (Mostrando el puñal.)

DANIEL. Id.

LINDO. Encomendable á Dios.

(Sale rápidamente tras de D. Juan. Daniel, despues de asegurarse que está solo, exclama con gozo dirigiéndose á la habitacion de Nativa.)

¡Ah! ¡Nativa, ya eres mia!

CONDE. Daos preso.

(Que ha seguido sus movimientos, interponiéndose presentándole el pecho la punta de la espada.)

DANIEL. ¡Perdido soy!

(Huyendo á la puerta del fondo, en la que aparecen dos soldados. El Conde hace una seña á los soldados, que se apoderan de maese Daniel. Cae rápidamente el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Morada de D. Juan de Austria en Guadix. El primer término de la escena figurará ser un terrado ó plazoleta del vasto y frondoso jardín que se descubre en el fondo. Un banco de césped á la derecha del actor, en primer término.

ESCENA PRIMERA.

CONDE, JACOBILLO.

JACOB. Lo repito, señor Conde; Lindo huye de mí. No hay forma de vencer su antipatia; mi compañía le enoja.

CONDE. ¿Cómo le dejais?

JACOB. Le dejo. Eso sí que me incomoda. ¿Á quién pensais que prefiere? ¿Quién presumís que me roba su atencion? El posadero; ese hombre de faz torva. Juntos quedan: platicando van ocultos en la sombra, y ambos de mí se recatan; mi presencia les estorba.

CONDE. Pues no los perdais de vista.

JACOB. Es que temo...

CONDE. Desde ahora

habeis de seguir sus pasos,
y oir sus pláticas todas.

JACOB. ¿Es fuerza?

CONDE. Fuerza es que de ambos
vuestra cabeza responda.

JACOB. ¿Conque por fuerza ha de ser?

pues la obediencia es forzosa,
obedeceré. (A este conde

(Mientras el Conde examina la escena.)

segun el dicho lo abona,

le ha gustado mi cabeza,

y desea á toda costa

llevarla consigo, y ya

doy en temer que lo logra.)

¿No teneis mas que mandar?

CONDE. Si, vais á encargaros de otra

comision; en la posada

quedó anoche una señora,

y vais en nombre del príncipe

á verla.

JACOB. Eso es otra cosa.

Al punto sereis servido:

esta comision me honra.

Saldré de esta casa... ¡Oh!

con pesar, aqui se goza

de una quietud... de un ambiente

tan puro... y tan... me enamora

este frondoso jardin,

por mas que su fresca sombra

oculte á esos dos impios

que mi indignacion provocan.

Enamórame á la par

la casita misteriosa

en que la noche pasé.

aunque Lindo allí se aloja

con ese hombre, y no está allí

bien hallada mi persona.

Mas decid: ¿por qué razones

dejais en prision tan cómoda

á ese hombre? ¿No estaría

mejor en una mazmorra?

CONDE. Cuando el príncipe lo ordena

- razon hay.
- JACOB. ¿Cuál?
- CONDE. No os importa.
- JACOB. Bien; yo estoy aquí mejor: este sitio me acomoda. ¡Qué hermosas vistas! Allí el palacio donde mora el príncipe, mi señor... Él viene.
- (D. Juan aparece por el primer término de la izquierda.)
- CONDE. Salid ahora.
- JACOB. En todo sereis servido. Si vuestra alteza me otorga permiso... (Pálido está; (Saliendo á una seña de D. Juan.) algun pesar le acongoja.)

ESCENA II.

D. JUAN, el CONDE.

- JUAN. ¿Y bien, Conde?
- CONDE. ¿Y bien, señor? vuestros deseos se logran. Ese endiablado rapaz, juzgando que aquí se ignora su origen, identifica claramente la persona de ese Daniel: juntos quedan allí platicando á solas.
- JUAN. Y ese hombre...
- CONDE. Como ordenasteis, completa libertad goza.
- JUAN. Seguro está: gruesos muros tiene el jardin, y está en forma la consigna de mis guardias.
- CONDE. Segura está su persona; pero ¿y la vuestra, señor? Si ese hombre por todo arrostra, y aquí una vez... el azar arma su mano traidora...

- JUAN. ¿En ti estás?
- CONDE. ¡Qué! ¿No teméis?...
JUAN. Yo nunca temo.—Es juiciosa
tu observacion, y á su tiempo
haré que en sitio le pongas
seguro y lejos de mí;
pero como antes me toca
interrogarle, ordené
que le conduzcan ahora
á mi presencia.
- CONDE. Señor...
ved...
- JUAN. ¿Tambien esto te enoja?
Quiero aclarar este enigma.
¿Qué oculto interés coloca
á ese hombre junto á Nativa?
¿Por qué á su gente abandona?
¿Por qué arriesgando la vida
vino á Guadix? ¿Qué le arroja
en tal empeño? La causa
debe ser muy poderosa.
Nativa fué.
- CONDE. ¿Con qué fin?
JUAN. Tal vez los dos se conozcan.
Misterio hay que yo no alcanzo,
y que examino con honda
atencion; en él pensando
estuve la noche toda,
y tuve ensueños horribles,
inquietudes... de mí impropias!
- CONDE. Vuestro aliento soberano,
que altos peligros arrostra,
tan pueriles inquietudes
sabrà vencer.
- JUAN. ¡Oh! no todas.
¿Por qué fingir? Tuve un sueño
cuyo recuerdo me postra.
Oye, y para siempre olvida
lo que vas á oir de mi boca.—
Abandonar este empeño
pensé anoche, y mal pensé;
que en él la noche pasé

rindiéndome al fin el sueño.
Soñé sentir...—;Sueño fué!--
de amor el fiero rigor,
y el objeto de mi amor
que era Nativa soñé.
Pintóme ella el suyo, y di
crédito á su dulce acento:
mas su amante sentimiento
no era inspirado por mí.
La ofrecí amparo... ¡y cruel
me rechazó!... ¡Tenaz sueño!
Un hombre de torvo ceño
ví á su lado... ¡era Daniel!
Quise en mi amante despecho
castigar tan vil traicion...
pero ella atajó mi accion
dando á mi acero su pecho.
De mí á Daniel defendia
ocultándole á mis ojos,
y puesta ante mí de hinojos
por Daniel intercedia!
Y yo á su ruego cedí...
y ellos que mi fé ultrajaban,
libres de mí se alejaban
haciendo mofa de mí!
Y al intentar otra vez
vengar mi ultrajado amor...
tintes de altivo rubor
enrojecieron mi tez!—
Este fué mi sueño, Conde;
de mi ardiente fantasia
no pasó... que el alma mia
tales quimeras no esconde.
¡No han de atormentarme mas
cuitas... ajenas de mí!
(Trayéndole á sí y llevando la mano á la mejilla.)
¡Contempla el rubor aquí!
¡No has de ver otro... jamás!
CONDE. Sombras son que en tal empeño
la imaginacion fabrica;
que, en fin, nada justifica
tan inexplicable sueño.

JUAN. Nada. Solo alcanzo á ver
que Nativa... en realidad
hay misterio, y en verdad
aclararle es menester.
Conduce á ese hombre.

CONDE. Voy.
(Aparece Daniel en el fondo escoltado por dos soldados.)
Aqui le traen.

JUAN. Sal de aqui.

CONDE. ¿Vais á quedar solo?

JUAN. Si.

CONDE. Advertid...

JUAN. Conmigo estoy.

(Los soldados se van con el Conde.)

ESCENA III.

D. JUAN, DANIEL.

JUAN. Llegad.
(Daniel viene á colocarse delante de D. Juan con ademán resuelto.)

No hay por qué negar
lo que el azar descubrió.
¿Fingireis conmigo?

DANIEL. No:
yo soy Daniel el Zamar.

JUAN. Pláceme que sin mentira
vengais.

DANIEL. Así debe ser,
ya que esa infeliz mujer
me ha perdido.

JUAN. ¡Ella!

DANIEL. ¿Os admira?

JUAN. ¿Cómo y cuándo ella os perdió?

DANIEL. ¿Que eso preguntais?

JUAN. Hablad.

DANIEL. No fué ella...

JUAN. ¡Decid verdad!

¿Ella os conocia?

DANIEL. (¡Oh!)

- (Adivinando el pensamiento de D. Juan.)
JUAN. Decid.
(¡Me he vendido! Ella no ha descubierto mi nombre!)
JUAN. ¿Por qué callais?
DANIEL. No os asombre. el pesar mi labio sella.
JUAN. Hablad. (Con asan.)
DANIEL. (¡Qué extraña mudanza!)
(Notando la emoción de D. Juan.)
JUAN. ¿Ella os ocultaba?
DANIEL. (Ah!...)
(¡Se aman! Su inquietud dá ocasion á mi venganza!)—
Disculpe mi suspension lo franco que voy á ser; descubierto ya, he de hacer yo propio mi acusacion. De mis gentes el valor invoqué, oculto en la sierra, lanzando un grito de guerra contra el cristiano invasor. Pero al ver que su ardimiento cedia, no osé insistir, y al Africa pensé huir como ellos, falto de aliento. Mas honda cuita de amor atormentaba mi pecho, y en fiero dolor deshecho, detúvome aquí el dolor. Amante á Guadix llegué, y... ¡ruin flaqueza del hombre! oculto origen y nombre, un mes en Guadix pasé. ¡Ceder al amor constante de esa mujer fué mi estrella!
- JUAN. ¿Hablais de Nativa?
DANIEL. De ella.
JUAN. ¿Quién sois vos en fin?
DANIEL. Su amante.
JUAN. ¡Mentis!
DANIEL. Yo debo, por Dios,

- dar á su falta disculpa.
Me ama: su única culpa
fué el ocultarme de vos.
- JUAN. (¿Qué es esto?)
DANIEL. ¡Haced que ella ignore
mi desventurada suerte!
¡No me espanta á mí la muerte;
si que ella mas penas lllore!
¡Ella os imploró favor...
y fué por mi amor falaz!
¿Pero de qué no es capaz
una mujer con amor?
¡Harto el mio la predijo
lo mal que hacia en no huir!
- JUAN. (¡Oh!) ¿Pues quién pudo impedir
que ella os siguiera?
- DANIEL. Su hijo.
Mas ya está en Guadix.
- JUAN. (¡Por Dios,
que esto es verdad! ¡Duda cruel!)
- DANIEL. La ofrecí velar por él...
JUAN. ¿Sabe ella que está con vos?
DANIEL. Posible es que lo ignorara.
Mas callar debió; el rapaz
os profesa odio tenaz.
¿Qué mucho que le ocultara?
- JUAN. Franca es la declaracion.
DANIEL. Ya estoy en vuestro poder,
y os dije que voy á hacer
yo propio mi acusacion.
Oidme: sin esperanza
de salvacion vine aqui;
pero apenas llegué, vi
realizada mi venganza.
Vencido por vos quedé
en las sierras: pero luego,
acudísteis de amor ciego
al lazo que os preparé.
Por eso triunfo de vos.
Que ese orgullo que en vos brilla,
vuestro necio amor humilla.
- JUAN. ¡Miserable!
¡Miserable!

- ANIEL. ¡Bien, por Dios!
¡Vos, el príncipe cristiano,
el invicto campeón,
víctima de una pasión
que os avergüenza!
- JUAN. ¡Villano!
- DANIEL. Mas tan bien sentido afán
abandonareis sin duda!
Ved que os lo inspira la viuda
de Aben-Humeya, don Juan!
¿Odiáis á los africanos,
y á sus viudas quereis bien?...
¡Rasgos notables se ven
en los príncipes cristianos!
¡Ved los míos, vive Dios!
¡Ellos aman ó aborrecen,
y nunca su fé escarnecen!
¡Ellos valen mas que vos!
- JUAN. ¡Salid!
(Con desdeñoso acento y extendiendo el brazo con
imperativo ademán.)
- DANIEL. ¿Me ois de ese modo?...
JUAN. ¡Os desprecio!
- DANIEL. ¡Tal desden!...
(Alejándose dominado por la expresión de D. Juan.)
- JUAN. ¡Salid! (Como antes.)
- DANIEL. ¡Cuál queda! ¡Ob, qué bien
jugué el todo por el todo!

ESCENA V.

D. JUAN.

Pretendió su torpe labio
agraviarme... ¡vano intento!
No infiere tan vil acento...
ni aun la sombra de un agravio.
Mas, ¿qué hallé en su acusación
que me suspende?... ¡ay de mí!
¿Qué es esto que siento aquí,
que me prensa el corazón?
¡Celos son, por vida mía!

¡Nativa!... ¡No puede ser!...
¡Si yo no puedo creer
en ella tal villanía!

ESCENA IV.

D. JUAN, JACOBILLO.

JACOB. (Llegando apresuradamente por el fondo.)
Señor Conde... ¡Perdonad!
¿no está el Conde? ¡Ay, gran señor!
que esteis vos es lo mejor
en caso de esta entidad.

JUAN. ¿Cuál es?

JACOB. Que fui á la posada
como el Conde me ordenó,
y ví á esa señora... y no
fué para bien mi llegada.
Preguntaba allí, corria
de una en otra habitacion,
porque el dueño del meson
á su voz no respondia.
Yo... apenas fuí preguntado,
—calmaos,—la respondí:

—cuando el dueño no está aqui...
es señal que se ha marchado.
Y cuando á ninguno halló
que le diera razon de él:—
¡Daniel!—exclamó,—¡Daniel!
¡Daniel se ha escapado!—No.
Que se halla en sitio seguro.—
Dije: ¿cómo sabeis eso?

¿En dónde se halla?—Preso.—
Entonces... ¡ay Dios! ¡qué apuro!
Á vos dije que vendria.
Quise detenerla... ¡qué!
en vano; cuando aqui entré
ví que tambien me seguia.

JUAN. ¿Conque es cierto?... ¡cierto, sí!
¿Conque ella mi fé ultrajó?
¿Conque ambos se amaban?
¡Pobre insensato de mí!

- JACOB. ¡Ved! Con suplicante gesto
(Señalando la derecha del foro.)
á vuestros guardias rechaza!
- JUAN. Que entre.
- JACOB. Bien. ¡Hacedla plaza!
Dejadla. (Desapareciendo.)

ESCENA VI.

NATIVA, D. JUAN.

- NATIVA. ¡Señor!
(Llegando á D. Juan sumamente agitada.)
- JUAN. ¿Qué es esto?
- NATIVA. ¡Es mi desdicha, don Juan!
¡En busca de un hombre vengo,
y hasta hablarle te prevengo
que no calmaré mi afán!
¿Quién le ha arrestado?
- JUAN. ¡Señora!
- NATIVA. ¡Preso está! ¿Dónde se halla?
Haz que yo le vea...—¡Calla,
no me interrumpas ahora!—
¿Se halla en tu poder?... ¡Ven, guía!
quiero hablarle. (Obligándole á seguirla.)
- JUAN. ¡Es imposible!
- NATIVA. ¿Ha muerto?... ¡Eso fuera horrible!
- JUAN. No ha muerto.
- NATIVA. ¡Ah! (Con expansivo acento.)
- JUAN. (¡Esa alegría!...)
- NATIVA. ¡Vive!...
- JUAN. (¡Se amaban los dos!)
¡Vá á morir!
- NATIVA. ¡Él!
- JUAN. ¡Si, en verdad!
- NATIVA. ¡No; yo invoco tu piedad!
¡Yo exijo que viva!
- JUAN. ¿Vos?
- NATIVA. ¿Que vos lo exigis?
¡Si á fé!
Porque ese hombre... en conclusion,
oye en fin por qué razon

- le oculté de tí.
- JUAN. Lo sé.
- NATIVA. ¿Sabes que mi hijo?...
- JUAN. (Interrumpiéndola.) ¡Si!
- NATIVA. ¿Sabes cuál rendí á Daniel mi voluntad?
- JUAN. (Lo mismo.) Todo él me lo ha declarado aquí.
- NATIVA. ¡Es posible!
- JUAN. ¡Si á fé mia!
- NATIVA. ¡Pues si ya lo cierto sabes, don Juan, mira si eran graves las razones que tenia!
- JUAN. ¡Quién á negarlo se atreve!...
- NATIVA. ¿Se halla aquí mi hijo?
- JUAN. ¡Si!
- Ambos se encuentran aquí... y van á morir en breve.
- NATIVA. ¿Qué dices?... ¿Mi hijo morir?... (Sobrecogida y despues de un instante de suspension.)
- JUAN. ¿Pues qué otra cosa esperais? ¿Su condicion ignorais? ¡Morirá!
- NATIVA. ¿Qué osas decir? (Mirándole atónita y con repulsivo acento.)
- ¡Tú!... ¿al hijo mio?... ¿Tú? ¿Si!
- JUAN. ¡Imposible! ¡No te creo!
- (Como poseida de una idea que fija en ella las palabras de D. Juan, y tomando una actitud amenazadora.)
- ¡Ah!... ¡Si! ¡En tus ojos lo leo!
- Le aborreces... ¡ay de tí!
- ¡Ay de mí, si mi hijo muere por odiar á los cristianos, (Fuera de sí.) que he de arrancar con mis manos la lengua que tal profiere!
- JUAN. ¿Adónde os arrastra insano, señora, vuestro furor?
- NATIVA. ¿Y adónde vá tu rencor, don Juan, al nombre africano?

Olvida el ciego extravío
de esta madre sin ventura,
ó... máteme mi locura
si no salvo al hijo mío!
¿Por qué en un niño cuitado
tanto rigor ejercer?
¿Qué daño te pudo hacer
ese niño desdichado?
¿Piensas tú que con fé ciega
la ley cristiana desmiente?
¡Qué sabe él la fé que siente,
ni qué ley es la que niega?
¿Piensas que en su alma temprana
ya echó la maldad semilla?
¡No; su fé es la fé sencilla
que á los ángeles hermana!
Y si al fin debe á tu anhelo
el ángel mio morir,
morirá... para vivir
con los ángeles del cielo!
Mas ¿qué digo? ¡Loca estoy!
Vivirá. Ya el por qué ignoro
del nombre cristiano y moro;
¡solo sé que madre soy!
Sé que con opuestos nombres,
los hombres mueren aquí!...
Sea, ¿qué me importa á mí
la insensatez de los hombres?
Dios grabó en las almas dos
preceptos... «Creer y amar!»
¡y todas han de acatar
los mandamientos de Dios!
Tiene, señora, en verdad,
tal encanto vuestro acento,
que fija mi pensamiento
y ataja mi voluntad.
Dais tan sentida expresion
á vuestras frases... mas ved
que es inútil...—deponed
la amenazadora acción.
Dios no escucha en esta guerra
á los que á mi rey ultrajen,

JUAN.

y ved que mi rey, imágen
es de Dios sobre la tierra.
Por ello nuestro rigor
que alcance á vos misma es ley,
que ultrajasteis á mi rey
ocultando á ese traidor!

NATIVA. Yo...

JUAN. Mas en mí no hay encono:
sois libre... salid.

NATIVA. ¿Qué he oído?
(El Conde aparece en el foro.)

JUAN. Culpable fuisteis... ¡lo olvido!
Me engañasteis, yo os perdono!

NATIVA. ¡Don Juan! (Corriendo á D. Juan que le rechaza.)

JUAN. ¡Salid de esta casa!
¡que yo no os vea!

NATIVA. ¡Señor!

JUAN. ¡Dejadme! ¡Me dais horror!
(Arrojándola de sí y desapareciendo precipitadamente.)

NATIVA. ¡Jesus!
(Cubriéndose el rostro con las manos y cayendo
desfallecida en brazos del Conde, que ha llegado
solicito hasta ella.)

CONDE. ¿Qué es esto? ¿Qué pasa?

ESCENA VII.

NATIVA, CONDE.

CONDE. Hablad.

NATIVA. ¡Me ahogo... no puedo!

(Con profundo abatimiento sin apercibirse del Conde.)
¡Me echa de aquí... horror le inspiro!

CONDE. ¡Señora!

NATIVA. ¡Ay de mí!

CONDE. ¿Qué miro!

Esa palidez...

NATIVA. ¡Me quedo!

(Haciendo un esfuerzo de energía.)

CONDE. ¿Qué es esto?

- NATIVA. ¡Es, Conde, que nada
me queda que esperar ya!
Es que terminando está
mi vida desventurada!
- CONDE. ¡Nativa... qué osais decir!
¡vos vivireis!
- NATIVA. ¡Conde... no!
si no puede ser... si yo...
si yo no quiero vivir! (Con fuerza.)
Si mi hijo... don Juan lo dijo,
vá á morir!
- CONDE. Y don Juan...
- NATIVA. Él...
que me rechazó cruel;
él, vá á matar á mi hijo!
- CONDE. ¡Imposible!
- NATIVA. ¡Oh, Dios ¡qué escucho!
(Mirándole fijamente.)
¿No ha de morir?
- CONDE. ¡Imposible!
- NATIVA. Sería un crimen...
- CONDE. ¡Horrible!
- NATIVA. (Trayéndole á sí.)
¡Oh! ¡Hablad de eso mucho! ¡mucho!
guiad vos... ¿Dónde le esconde?
Decídmelo á mí... yo iré...
- CONDE. ¡Esperad!
- NATIVA. Esperaré,
eso sí.—¿Dónde está... dónde?
- CONDE. Ese misterio que os guía,
os malquistó con don Juan.
Ya él me ha hablado del afan
con que descifrarle ansia.
Despues vió á Daniel... sí... sí...
él le arrojó á tal extremo.
Todo de ese hombre lo temo.
- NATIVA. Yo en su busca vine aquí.
- CONDE. ¿Vos le conociais?
- NATIVA. Yo...
sí.
- CONDE. Y ocultasteis...
- NATIVA. ¿Qué hacer?

- CONDE. Mi hijo estaba en su poder;
NATIVA. callar debí.
- CONDE. ¿Per qué?
NATIVA. ¡Oh!
CONDE. porque á su vida atentaba
ese miserable
- CONDE. ¡Oh, Dios!
don Juan lo ignoraba.) Y vos...
ya eso el príncipe pensaba;
mas le explicasteis.
- NATIVA. No tal;
si obligado lo explicó
Daniel.
- CONDE. ¿Qué decis?... ¡Oh, no!
aquí hay un error fatal!
Seguidme; tengo recelos
que á don Juan aclarar toca.
(Oh! ¡siempre fué ciega y loca!
la condicion de los celos!)
- NATIVA. Vais á hablarle...
CONDE. Si, en verdad,
esperad en mí.
- NATIVA. Si espero.
CONDE. Venid, que alojaros quiero,
y un instante reposad.
- NATIVA. Vamos.
JACOB. Señor Conde, oid.
(Llegando apresurado por el foro.)
Sumiso á cuanto ordenais
llego...
- CONDE. En mala hora llegais;
¡Venid, señora, venid!
- ESCENA VIII.**
JACOBILLO.
- CONDE. Gracias á Dios que me deja.
NATIVA. No quiere oirme... mejor.
CONDE. Asi olvidaré un instante
el compromiso en que estoy.
NATIVA. Grave riesgo corro aqui...

porque ellos... ¡no hay duda, no!...
hacia aquí se dirigian
enemistados los dos.
Qué tratarán, qué andan ambos
tan mal avenidos. ¡Oh!
Y yo no pude escucharlos:
nada oí... ¡válgame Dios!
y cuanto ellos hagan ó hablen oí!
quiere el Conde oír de tu voz.
¡Yo convertido en espíritu!
¡Angustiosa situación!
¿No lo dije?... Aquí está Lindo,
y el otro le sigue en pos...
¿Cómo evitar este encuentro?

ESCENA IX

LINDO. ¡Dejadme!
DANIEL. ¡Teneos!
LINDO. No.
JACOB. ¿Adónde vas de esa suerte?
LINDO. Vete de aquí.
DANIEL. ¿Quién sois vos?
JACOB. ¡Vaya! Si soy vuestro huésped...
¿no me conocéis?... Si soy
Jacobillo.
DANIEL. No os conozco.
JACOB. ¡Si tal!
DANIEL. ¡Mentís!
JACOB. ¿Miento yo?
DANIEL. Si.
JACOB. Bien estáis.
DANIEL. ¡Salid!
JACOB. Bueno.
DANIEL. ¡Si hablas de mí, tiembla!
JACOB. ¡Oh! (Inclinándose.)
DANIEL. Si otra vez te halló ante mí...
JACOB. Bueno.
DANIEL. ¡Encomiéndate á Dios!
JACOB. Si de esta escapo y no muero.

- DANIEL. ¿Qué murmuras?
JACOB. Ya me voy. (Se vá.)
DANIEL. Hénos solos.—Desechad esa loca pretension.
LINDO. No he de retardar mas tiempo mi venganza.
DANIEL. ¿Estais en vos?
JACOB. (Dios me valga, que defiendiendo mi cabeza!)
(Ocultándose furtivamente en la enramada que hay detrás del banco.)
DANIEL. Esperad.
LINDO. No;
que temo esperar en vano.
DANIEL. Ser burlado es mi temor.
No temo encontrar la muerte,
temo perder la ocasion.
LINDO. La de hallar á ese hombre ansio.
Á verle... á insultarle voy,
y mi reto admitirá
si ama la ley del honor.
DANIEL. Os arrojarán de aqui;
mofa os harán.
LINDO. ¡Noble soy!
Dejadme.
DANIEL. Esperad.
LINDO. No.
DANIEL. Bien.
Rey Aben-Humeya, adios.
(Elevando al cielo la mirada.)
¡Tu hado infeliz te dió un hijo
de pequeño corazon!
LINDO. ¡Mentis! Alma grande tengo.
DANIEL. Lo que teneis es pavor.
LINDO. ¡Villano!
DANIEL. Asi os quiero ver,
y escuchad, si noble sois:
vuestro padre acaudillaba
la morisca rebelion,
y la grandeza musulmíca
rey á vuestro padre alzó.
Dar libertad á sus pueblos

confiaba su valor,
y con la grey africana
esas sierras invadió,
gritando: «¡Guerra sangrienta
contra el cristiano opresor!»
No en vano sonó aquel grito
y repitieron su voz
Aben-Farax el primero,
y de Aben-Farax en pos,
vuestro tío Aben-Juar
y mi primo Aben-Abó.
Pero un príncipe cristiano
aquel grito sofocó;
la muerte de Aben-Humeya
fué su primera ambicion;
muerto en fin, pueblos enteros
rindiéronse á su furor,
que á sus pueblos, vuestro padre,
lanzó el postrimer adios!
Y aun en esas montañas
rétumba fiera su voz,
gritando al morir.—«¡Venganza
contra el cristiano opresor!»—
¡Descendiente de cien reyes,
si á tu rey no vengas hoy,
de tu padre Aben-Humeya
caiga en tí la maldicion!

LINDO.

¡Oh, callad! vuestras palabras
mas avivan mi rencor,
y siento mi voluntad
esclava de vuestra voz.
¿Qué debo hacer?

DANIEL.

Secundar
mis planes. Volved en vos:
moderad vuestra impaciencia;
templad vuestro noble ardor,
y asestad golpe seguro!

LINDO.

¡No se tarde la ocasion!

DANIEL.

El vendrá aqui... vos entonces...

LINDO.

¡Asi será!

DANIEL.

¡Bien por Dios!

¡Perezca don Juan!

LINDO. ¡Perezcalabres!
JACOB. (¡Qué barbaridad! ¡Chiton!)
DANIEL. Prudente es irnos de aquí.
¿No habeis escuchado?...
LINDO. No.
DANIEL. En sitio mas retirado
trataremos...
LINDO. Vamos. (Desaparecen.)
JACOB. ¿Voy?
(Viniendo al proscenio.)
¿Los sigo? No, si me ven...
Mas, ¿y el Conde? Se acabó.
In nomine et patris filis... (Persignándose.)
¡No hay remedio... muerto soy! (Váse.)

ESCENA X.

D. JUAN, el CONDE.

JUAN. Déjame, Conde... no debo...
no puedo cual tú volar
á su encuentro... ¡déjame!
Necesito soledad.
CONDE. ¿De ella huis? ¡Qué bien en esto!
se advierte vuestra bondad!
JUAN. ¡Déjame que oculte aquí
mi vergüenza y mi pesar!
¡Tú... mas digno de esa gloria,
su pena consolarás!
¡Que ella olvide por tu amor
mi insensata crueldad!
CONDE. Fué breve error; mas ahora
su estado os reclama.
JUAN. ¡Ah!
Error fué el mio, que pudo
su triste estado agravar;
y así debió ser... que Dios
á sí llamándola está.
Tal vez en sus altos juicios
ha llegado á decretar,
que ponga á su vida fin
mi calumnioso desman!

- CONDE. No, desechad esa idea.
JUAN. Con ella quiero luchar,
nutriendo en mi pensamiento
la que ella acaricia mas:
la de salvar á su hijo.
Á propósito: hora es ya
que ese hombre salga de aqui;
con la vida ha de pagar
su crimen.
- CONDE. Bien; mas ahora
Nativa á hablaros vendrá:
no huyais de ella...
- JUAN. Bien; despues...
dejémosla reposar.
- CONDE. Está aqui... nos ha seguido.
JUAN. ¿Dónde?...
- CONDE. Quedóse detras,
mi seña aguardando... ved...
que pronto vió mi seña.

ESCENA XI.

NATIVA, D. JUAN, el CONDE.

Nativa llega entre anhelante y temerosa, y queda parada á conveniente distancia de D. Juan, segun lo marca el diálogo, guardando serena y respetuosa actitud.

- JUAN. (Ap. al Conde.)
No te vayas.—¡Rojas tintas
de virtud velan su faz!
¡Pobre mártir... su actitud
justifica su bondad!—
¿Por qué silenciosa y tímida
así los ojos bajais?
- NATIVA. Porque el que gracia demanda,
así la ha de demandar.
- JUAN. ¿Vos mi gracia?
- NATIVA. (Llegando hasta él.) Si merezco
distincion tan principal,
permite... que, sin enojos,

- bese tu mano, don Juan.
- JUAN. ¿Qué es lo que pedis, Nativa?
- NATIVA. ¿Esto niegas?
- JUAN. No, llegad. (Logrando dominarse.)
(¡Oh, qué bien mi aturdimiento,
qué bien castigado vá!)
Basta; que olvideis os ruego,
si antes pude á mi pesar...
- NATIVA. No hablemos de ello... confieso
que anduve ligera asaz.
- JUAN. (Con expansion.)
¡Sois un ángel! mas de mí
satisfecha hais de quedar,
cuando sepais que aqui guardo
al hijo que tanto amais,
para nutrir en su pecho
la fé cristiana.
- NATIVA. ¡Ay, don Juan!
Dándome tan gratas nuevas,
¡cuánto consuelo me das!
- JUAN. ¿Ansiais verle?
- NATIVA. ¿Eso preguntas?
- JUAN. Venid.
- NATIVA. ¡Oh felicidad! (Alejándose con D. Juan.)

ESCENA XII.

NATIVA, D. JUAN, CONDE, JACOBILLO.

- JACOB. ¡Señor! ¡señor!
- JUAN. ¿Quién es?
- JACOB. Yo.
- JUAN. ¿Qué sucede?
- JACOB. Perdonad...
- NATIVA. ¿Qué pasa?
- JACOB. Dejad que aliente.
¡no sé por dónde empezar!
- JUAN. ¿Estamos solos? (Examinando la escena.)
- JUAN. ¿Qué haceis?
- JACOB. ¡Estais ante mí!
- JACOB. ¡Es verdad;

- y estar ante vos me pesa,
que estoy ante vos muy mal!
- JUAN. ¡Ved lo que decís!
- JACOB. Lo sé;
dije una barbaridad.
Delante de vos debiera
pensar que delante estais;
mas delante de vos vine
ansioso de adelantar,
y delante de vos pienso
en lo que viene detras.
- JUAN. Sed breve.
- JACOB. Breve y expícito,
que estoy por la brevedad.
Riesgo de muerte correis.
- JUAN. ¿Estais loco?
- JACOB. ¿Qué he de estar?
Lindo es el loco, señor;
bien publica su desman
que es hijo de Aben-Humeya.
- NATIVA. ¿Qué dice?
- JUAN. ¡Silencio! (A Jacobillo.)
- NATIVA. Hablad.
- CONDE. ¿Por qué vos le dejais solo?
- JACOB. ¿Solo... eh? ¡Qué he de dejar!
Sabed que vá acompañado
de un hombre de torva faz.
- NATIVA. ¿Quién?
- JACOB. Un infame, señora,
que á Lindo pervierte.
- JUAN. ¿Hay tal?
- JACOB. Impedido vos... buscadle;
¿por qué asi le abandonais?
- JACOB. Porque el otro y él lo ordenan;
porque ambos de acuerdo estan,
y ambos meditan un crimen...
horrible... descomunal!
El impaciente y altivo,
el otro fiero y audaz,
cuando él mas se encoleriza
el otro le azuza mas;
y él lleva un puñal oculto,

que el otro le hizo enseñar.
Entre el otro, y él hallóme
aquí mismo poco há.

Él nada me dijo; el otro,
con imponente ademan:

«¡Si te hallo otra vez; si hablas
de mí, tiembra! ¡Véte ya!»

Sali; volví sin ser visto,
y á los dos logré espiar.

Echaron á andar; seguílos.
Paráronse, y yo detrás.

El pobre Lindo... exclamó:
«¡Quiero vengarme!»—«¡Matad!»

dijo el otro.—Y él, «¡venganza!»—
Y el otro, «¡golpe mortal!»

Él calló entonces; y el otro,
aun me parece escuchar

su voz; díome horror su acento;
púsome miedo su faz!

«Todo nos ayuda,—dijo—
el sitio... la soledad...

Poco hace aquí le dejé;
aquí le habeis de encontrar.

Después... la alarma... el desórden...
nuestra fuga auxiliará,

cuando muerto á vuestros pies
caiga el príncipe don Juan.»—

El desventurado Lindo
se alejó fiero y audaz;

el otro quedóse allí
satisfecho de su plan...

Y yo entonces... espantado,
y con angustioso afán,

os busco... os hallo por dicha,
y os cuento el caso. ¿Qué tal?

NATIVA. ¡Oh desventura!
JUAN. ¡(Infeliz!)

(Contemplando á Nativa.)
¿Dónde se encuentra?... Guiad. (Á Jacobillo.)

NATIVA. Nadie me siga.
(Deteniendo á D. Juan, y al Condé.)

Su madre,

su madre á su encuentro vá.

(Váse precipitadamente, seguida de Jacobillo.)

JUAN. ¡Conde, mi órden ejecuta!

(Váse el Conde tras de Nativa.)

ESCENA XIII.

D. JUAN.

¡Ay! ¡Cuánta infelicidad!

¡Pobre Nativa! Tú en mi

pensáste consuelo hallar,

y desde que á mí llegaste

creció tu amargura mas!

Seguir la quiero... ¡Imposible!

La desdeñara el rapaz

en mi presencia. No, que ella

con enojo maternal

salga á su encuentro, y que allí

le dé en sus brazos lugar!

¡Ay! ¡Para arrostrar la muerte

(Dejándose caer en el banco.)

con fria serenidad

en el sangriento combate,

esforzados pechos hay!

Mas que sostengan la lucha

que esa mujer singular

toda una vida sostiene...

pocos... muy pocos habrá;

que en ella mi pobre espíritu...

no puede... no puede entrar!

(Quédase abatido, á tiempo que asoma Lindo por el foro izquierda en acecho de D. Juan.)

LINDO. ¡El es!... ¡Y está solo!... ¡oh dicha!

JUAN. Do quier la fatalidad

vá con ella!

LINDO. ¡Ea! ¡valor!

Llegó tu hora, don Juan.

ESCENA XIV.

D. JUAN, LINDO.

LINDO. ¿Qué dudo?

(Después de examinar un momento la escena.)

¡Este es el momento!

Los altos juicios de Dios
guiarán mi brazo... ¡muera!

(Á tiempo que Lindo levanta el brazo, se oye el grito de Nativa, que sorprende la acción de Lindo desde el foro. Este queda anonadado en tal actitud, delante de D. Juan, que está de espaldas á él, quien no se apercebe de la presencia de Lindo hasta que le rechaza con la palabra.)

ESCENA XV.

NATIVA, D. JUAN, LINDO.

NATIVA. ¡Hijo! (Desde el foro.)

LINDO. ¡Dios mío! ¡Esa voz!...

NATIVA. ¡Hijo! (Llegando.)

JUAN. ¡Desdichado!

LINDO. (¡Ella!)

NATIVA. ¡Un puñal! ¿Qué intentas?... ¡Oh!

¡Arroja el arma homicida!

(Lindo arroja el puñal, obedeciendo sobrecogido cuanto las frases de Nativa le ordenan, quedando después en recogida y humilde actitud.)

¡Oculta el brazo traidor!

¡Inclina al suelo la frente!

¡Implora humilde perdón,

y á Dios pide que te absuelva,

que por mí te escucha Dios!

(¡Escúchale, Dios piadoso!)

(Llegando suplicante á D. Juan, que se halla sumamente conmovido, y mostrándole la actitud de Lindo.)

¡Y tú... mírale, señor!

¡Qué bien tembló en mi presencia!
¡Qué bien le impuso mi voz!
Mira su actitud... ¡Se humilla!
¡Se arrepiente!... ¿cómo no?
¡Llorando está!... ¿no lo ves?
¡Solloza!... ¡Su madre soy!
(Implorando con el gesto permiso para llegar á Lindo,
lo que ejecuta con paso indeciso y entrecortada voz.)
¡Vamos... llega aquí! Ya vemos
tu arrepentimiento.

- LINDO. ¡Oh!
(Alzando á ella los ojos.)
¡Madre!
- NATIVA. (¡Hijo mio!) Ven...
(Tendiéndole los brazos.)
- LINDO. ¡Madre!
- NATIVA. ¡Hijo de mi corazón! (Quedan abrazados.)
- JUAN. (¡Ya es feliz!... ¡Qué alma tan bella!
¡Quién igual ternura vió!)
- NATIVA. ¡Siento el alma enajenada
de consuelo bienhechor!
- LINDO. Madre... venid; de este sitio
á partir al punto voy.
- JUAN. No hareis tal, sin que estrecheis
la mano que os tiendo. (Interponiéndose.)
- LINDO. ¿Á vos? (Evitándole.)
- NATIVA. ¡Es mi protector, mi amigo!
- LINDO. No puedo aceptarla yo.
¡Salgamos de aquí!
- NATIVA. ¿Qué has dicho?
- LINDO. Tal es mi deber.

ESCENA XVI.

NATIVA, D. JUAN, LINDO, CONDE, DANIEL, escoltado.

- CONDE. Señor,
cumplí vuestra orden.
- JUAN. ¡Llevalde!
- DANIEL. ¡Sacia en mí tu encono!

- LINDO. ¡Oh Dios!
(Reparando en Daniel, á quien intenta llegar. Nativa y D. Juan se lo impiden.)
- DANIEL. ¡Descendiente de cien reyes:
(Dirigiéndose á Lindo con énfasis.)
si á tu rey no vengas hoy,
de tu padre Aben-Humeya
caiga en tí la maldición! (Se lo llevan.)

ESCENA XVII.

NATIVA, D. JUAN, LINDO.

Evitando en lo posible acotaciones que el buen criterio del actor sabrá suplir, queda esta consignada para recordar que es absolutamente indispensable que esta escena llegue á su fin rápida y entonada.

- NATIVA. ¡Ah! ¡Mentira! ¡No lo creas!
- LINDO. ¡Tened! (Desdenándola.)
- JUAN. Ser quiero desde hoy
tu amigo.
- LINDO. ¡Indigna amistad!
¡Apartad! ¡Me dais horror!
¡Seguidme! (Á Nativa.)
- JUAN. ¡Jamás! (Interponiéndose.)
- NATIVA. ¡Dios mio!
- LINDO. ¿Os poneis en medio vos?
¡Os aborrezco, don Juan,
con todo mi corazon!
- NATIVA. (Se vá.)
- LINDO. ¡Soy vuestro enemigo!
¡Odio eterno para vos!
¡Venid, madre!
- JUAN. ¡Nunca! ¡Al templo
cristiano la llama Dios,
y allí la lleva don Juan!
- LINDO. ¡De allí iré á sacarla yo!
¡Adios! (Sale precipitadamente.)
- JUAN. ¡Seguidle!
(Á Jacobillo que se halla en el fondo.)

NATIVA. ¡Piedad!
JACOB. ¡Yo respondo de él, señor!
(Saliendo detras de Lindo.)
NATIVA. ¡Se vá!
JUAN. ¡Nuestra fé le aguarda!
NATIVA. ¿Quién guiara sus pasos?
JUAN. ¡Dios!
(Quedando en solemne actitud, ante Nativa que cae
abatida á sus pies.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Locutorio del convento de Santa Isabel en Granada: decoracion cerrada. Detras del lienzo de la derecha se supone la iglesia: una puerta en segundo término dá paso al coro: otra puerta enfrente dá al exterior: una ventana en primer término. El lienzo de la izquierda forma un ángulo frente al público, con una puerta que conduce al patio del convento. Grada de hierro en el fondo, por la que se vé en perspectiva el claustro del convento.

ESCENA PRIMERA.

JACOBILLO, LINDO.

Al levantarse el telon óyense los ecos del órgano, que empieza una melodia pausada y suave, y poco despues los acentos de un canto lejano, que significa ser el de las monjas.

JACOB. Entra sin miedo; no hay nadie.

LINDO. ¿Adónde me llevas?

JACOB. Ven.

Mira: este es el locutorio.

Allí estan las monjas; ¿ves?

(Señalando al fondo.)

Y este es el coro; ¡qué lástima!
no se puede entrar.

LINDO. ¿Por qué?

JACOB. Es privado donde hay monjas...

Las monjas no hablan... ni ven;

tienen muchas privaciones.
¡Hay aquí una rigidez!
¡Vaya! Cuando ven á un hombre
echan todas á correr...
no presumas que á su encuentro,
al contrario, huyendo de él.
Desde aquí se vé la huerta;
(Llegando á la ventana.)
mira el jardín... aquel es.
¿No vienes?

LINDO. Vamos de aquí.

JACOB. ¿Adónde?

LINDO. Á la calle.

JACOB. ¿Qué?

¿No quieres ver á tu madre?

LINDO. Á ella sola.

JACOB. Haces muy bien.

Por eso te traje aquí.

Abajo en la iglesia... ¡qué!
estaba orando, y el príncipe
la acompañaba... Tal vez
cuando venga aquí...

LINDO. ¿Á qué viene?

JACOB. ¡Toma! Á darse á conocer.

La comunidad la espera.

La madre Abadesa fué

enterada por el príncipe...

LINDO. ¡Siempre ese hombre!

JACOB. Eso es.

Y como él trae á tu madre

para que habite este eden...

pensionada por supuesto,

que no profesa. ¡Pardiez!

¡Vá á ser por ella el convento

poderoso!

LINDO. ¡No ha de ser!

Mi madre saldrá de aquí;

á eso vengo.

JACOB. Haces muy bien.

(Si no apoyo me sacude.)

LINDO. ¿Subirán pronto?

JACOB. Si á fé;

cuando acaben de rezar.

La oracion cristiana es
muy breve. Justo es que rece;
tu madre es cristiana fiel.

LINDO. ¡Bien lo lloro... que es mi madre!
JACOB. Cede tú...—Vamos á ver:

aqui tienes un ejemplo;
juzga tú por lo que ves.

¡Tu madre es muy desdichada!

Primer punto; que es mujer.

Segundo; tú buscas guerra,
no eres cristiano...—Haces bien.

Sin tí, sin paz, sin asilo,
aqui la cristiana ley

la previno una morada
donde consagrar su fé.

¿Y hay lugar mas apacible?

¿Hay asilo como él?

Hay aqui un misterio tan...

no acierto á decir cómo es;

pero se aspira un ambiente

tan consolador... y... ¿eh?

El aroma del incienso...

y los cánticos... á fé

que tienen goces las monjas

que los envidiara un rey.

De buena gána entre ellas

viviria yo tambien.

(No se enfada.) ¿Adónde vas?

LINDO. Vóyme... ¡me ahogo!...

JACOB. Tal vez...

¿quieres bajar al jardin?

LINDO. Bajemos.

JACOB. Por aqui es.

Allí hablarás á tu madre;

yo vendré á avisarla... ¿eh?

¡Calla! la madre Abadesa...

el príncipe llega. Ven. (Desaparecen.)

ESCENA II.

La ABADESA, el CONDE.

CONDE. Si dais permiso... (Desde la puerta izquierda.)

ABAD. Adelante.

(Saliendo á su encuentro.)

CONDE. En busca vuestra llegué,
madre mia. (Besándola la mano.)

ABAD. En ello, Conde,
singular honra me haceis.

CONDE. Al príncipe, mi señor,
precedo. Orden del rey
le obliga á partir hoy mismo
de Granada; ¿advertireis
de ello á la comunidad?
El príncipe vendrá á hacer
ahora la presentacion
de la nueva hermana.

ABAD. Bien.

¿Conque hoy parte de Granada?

CONDE. Hoy mismo.

ABAD. ¡Cómo ha de ser!
Profundo es mi sentimiento,
y grande ha de ser tambien
el de la hermana Nativa.

CONDE. Quedando con vos...

ABAD. Si á fé;
nuestro amor cuidará de ella,
y mucho lo há menester;
pues segun el doctor dijo
inútil la ciencia es
para curarla; no hay forma
de animar el rostro aquel.
Tres dias hace que vino,
y no ha querido en los tres
tomar alimento alguno.
¡Ah! si; á mis ruegos ayer,
probó apenas un almibar
con bizcochos, y despues
conmigo habló grande trecho,

- ABAD. Llegad.
(Extendiendo el brazo derecho sobre Nativa.)
La santa paz sea con vos.
Señor y príncipe amado,
quereis que os sirvan... iré...
- JUAN. No, madre; me detendré
breve instante á vuestro lado.
- ABAD. Sin embargo...
- JUAN. Perdonad.
- ABAD. Como vuestra alteza quiera.
- JUAN. Antes de partir, quisiera
ver á la comunidad,
y ante vos...
- ABAD. Es gran merced.
- JUAN. Que á su nueva hermana vea.
- ABAD. La comunidad desea
servir á su hermana.
- JUAN. Ved.
(D. Juan conduce de la mano á Nativa. Las monjas se inclinan saludándola. D. Juan despues de volver el saludo, se dirige con Nativa á la Abadesa, que se halla á la izquierda en segundo término.)
Os la entrego, madre mía,
como á prenda de mi amor.
Don Juan fué su protector,
y el príncipe os la confia.
Al entregárosla á vos,
que será feliz concibo.
- ABAD. Y yo de vos la recibo
(Tendiendo su mano á Nativa, que pasa á su lado.)
y amparo en nombre de Dios,
Siempre en mí hallará ternura.
- JUAN. Fiolo á vuestra bondad.
- ABAD. Volved, y á Dios elevad
himnos de paz y ventura.
(Dirigiéndose á las monjas, que desaparecen á su órden.)
- NATIVA. ¡Madre!... ¡Oh!
(Besando su mano y con expresion de mucho cansancio.)
- ABAD. ¿Os sentís mal?
- NATIVA. Cansada... Buena me siento.

JUAN. Id: reposad un momento.
ABAD. Bien hareis.
NATIVA. ¿Venis? (Á D. Juan.)
JUAN. Si tal.
(D. Juan acompaña á la Abadesa, que entra en el coro.)

ESCENA IV.

D. JUAN, JACOBILLO, que aparece en la puerta frente al público.

JACOB. Si dais permiso... yo soy...
JUAN. Llegad.
JACOB. Llego reverente.
De Lindo inmediatamente á daros noticias voy.
Lindo es un ángel... prescindo de su origen... que deploro; mas si hay algun ángel... moro, ese ángel debe ser Lindo.
Ya de él en nada me quejo, que su trato me enamora.
En el jardin queda ahora.
Hablando solo le dejo.
Á vuestro mandato fiel, constante á su lado fui, y ya él no se halla sin mí, ni yo me hiallo sin él.
Y por mas que no me cuadre oirle, su voz me domina.
JUAN. ¿De qué os ha hablado?
JACOB. Se obstina en no seguir á su madre.
En este punto atropella por todo.
JUAN. Aqui la ha seguido.
JACOB. Si, mas dice que ha venido para que le siga ella.
JUAN. (Dirigiéndose á la ventana.)
Mirad: aqui se dirige.
Con él quedais...

JACOB. Descuidad.
JUAN. Y escuchadle...
JACOB. Si en verdad,
como la ocasion lo exige.
(Acompañando á D. Juan que entra en el coro.)

ESCENA V.

LINDO, JACOBILLO.

JACOB. Oigámosle. Sangre fria...
sonrisa en los labios... y...
Cómo ha de ser.— Ven aquí.

LINDO. ¿Eres tú?... ¡Qué hermoso día!

JACOB. ¡Mucho!

LINDO. En esos corredores
aspiraba enajenado
el ambiente, perfumado
por las campesinas flores.
¿Viste sitio mas artheno?

(Llevándole á la ventana)

¡Allá la sierra gentil,
vertiendo torrentes mil
de su inagotable seno!

¡Mas acá, el manso arroyuelo
que hermosea esas llanuras,
retrata en sus aguas puras
el diáfano azul del cielo!

¡Allí la acacia florida
exhalando aroma suave,
donde trina alegre el ave
en sus ramas escondida!

¡Y aquí, mira esa pradera;
parece una inmensa flor!
¡Todo aquí respira amor!...

¡Salve... rica primavera!

JACOB. ¡Bravo pico! hablaste á fé...

LINDO. Oí á las monjas cantar.
Mira... me han hecho llorar
(Llevando una mano á sus ojos.)

JACOB. los cánticos que escuché.
Son muy bonitos.— Y dime:

¿cortaste esa rosa?
LINDO. ¡Sí!
¡Es para mi madre! Aquí su desventura me oprime.
JACOB. ¡Ya!... como tú huyes de ella...
LINDO. Es que... mira, yo te quiero; tú eres mi fiel compañero, tú compadeces mi estrella! Ella huye mi afán prolijo.
JACOB. Á veces... cuando es forzosa...
LINDO. ¡No!... una madre amorosa debe seguir á su hijo! Me seguirá.
JACOB. Hará muy bien.
LINDO. ¿Verdad que tengo derecho?
JACOB. ¡Bah!
LINDO. ¡Me seguirá!
JACOB. De hecho.
LINDO. ¡El cielo te escuche!
JACOB. Amen.

ESCENA VI.

NATIVA, LINDO, JACOBILLO.

NATIVA. (Aquí está!)
LINDO. (¡Mi madre!)
JACOB. ¡Hola!
Aquí estábamos los dos en paz y en gracia de Dios.
¿De dónde venis tan sola?
NATIVA. Déjanos.
JACOB. Muy bien.—Ahora os vá á dar Lindo... mirad, vuestra es esa flor; ¿verdad? (Á Lindo.) Adios, Lindo. Adios, señora.

ESCENA VII.

NATIVA, LINDO.

NATIVA. Dame esa flor...

(Después de contemplarle un momento, algo separada de él.)

LINDO. Es vuestra... tomadla. (Extendiendo el brazo.)
NATIVA. No,

no quiero tomarla yo:
quiero que tú me la des.

(Lindo lleva la rosa á su madre, que al tomarla le abraza con efusion.)

LINDO. ¡Hijo mio!
¡Por mi vida!

(Desprendiéndose de Nativa y contemplándola detenidamente.)

¡deja que absorto te mire,
y contemplándote admire
cuánto estás desconocida!
Dos años há que partí
de Granada; pero á fé,
cuando há tres dias te hallé
tal mudanza no advertí!

¡Cuánto en dos años cambiaste!

¡Nunca sentí pena igual!

¡Ay! ¿Por qué para tu mal
de mi lado te alejaste?

¡Pálidos los labios rojos!
¡desfigurado el acento!

¡retrecortado el aliento!
¡rojos de llorar los ojos!

NATIVA. ¿Qué sientes?
LINDO. ¡Dicha á tu lado!

¡Me engañas, madre, me engañas!

Entre las gentes extrañas
con quien te hallé, has enfermado.

Dígalo la tez helada
de tu pálido semblante,
y tu planta vacilante,
y tu indecisa mirada!

NATIVA. Es tanto lo que escúdríñas,
y qué tono tan severo. (Sonriendo.)

LINDO. No; que hablar de tu amor quiero.

NATIVA. Habla pues... ¡mas no me riñas!

LINDO. No. Y aunque mi nombre aquí

vá cruelmente ofendido,
yo mis ofensas olvido
para consagrarme á tí.
Para tí hice preparar
en la Vega de Granada,
la mas alegre morada
que te puedes figurar.
¡En esa mansion de amores
renacerá tu alegría!
¡Tiene un jardin, madre mia,
lleno de frutas y flores!
¡Allí nuestro bien está,
y ocultos allí los dos,
tu alivio pediré á Dios,
y Dios me le otorgará!
¡Y cuán feliz me has de hacer,
y cuánto bien te he de dar,
y cuánto te he de cuidar,
y cuánto me has de querer!
Recursos tengo ademas;
tengo ingenio, tengo fé,
y mas aun trabajaré...
para regalarte mas!
Á tu voluntad rendido,
la adivinaré en tus ojos.
Satisfacer tus antojos
será mi afan mas cumplido.
La alegría que en tí vea,
esa será mi alegría;
y atormentará la mía
la pena que en tu alma lea.
Ven allí. Y si al fin merezco
que te obligue mi ternura,
premia con igual ventura
la ventura que te ofrezco.
¡Ven! Alegría y dolor
partiré contigo allí.
¿Qué mas deseas de mí?
¿Qué mas pides á mi amor?

(Nativa; que ha escuchado á Lindo con inefable regocijo, hállase al decir los últimos versos contemplándole extasiada. D. Juan aparece en este momen-

- to y quédase en el fondo contemplándola.)
- NATIVA. ¡Nada, ángel mio!
- LINDO. ¿Qué miras?
- NATIVA. De amor y de gozo llena,
mirándote estoy.
- LINDO. ¡Qué buena!
- NATIVA. ¡Ay de mí!
(Clavando su mirada indecisa en Lindo.)
- LINDO. ¿Por qué suspiras?
- NATIVA. ¿Qué sientes?
Me siento bien.
(Con marcadas señales de malestar.)
- LINDO. Partamos de aquí. ¿Qué esperas?
- NATIVA. ¿Vamos?
Sí; donde tú quieras. (Inmóvil.)
Mas dame tu apoyo. Ven.
(Quedan abrazados.)

ESCENA VIII.

NATIVA, D. JUAN, LINDO.

- LINDO. ¡Ah! (Viendo á D. Juan y ocultando de él á Nativa.)
- JUAN. ¡Bien! ¡Grupo encantador!
¡Una madre!... ¡un hijo!... ¡bien!
¡Es un grupo hermoso! ¿Á quién
no conmueve tanto amor?
¡Qué bueno sois!
- LINDO. ¡Venid!
(Queriendo conducir á Nativa.)
- JUAN. No.
Un instante... Retiraos. (Á Nativa.)
- LINDO. ¡Conmigo! (Interponiéndose.)
- JUAN. No; vos quedaos.
¡Ved que os lo suplico yo!
(Interrumpiendo á Lindo con acento cariñoso. D. Juan acompaña á Nativa, que entra en el coro, expresando grande satisfacción de ver juntos á D. Juan y Lindo. Este se encuentra anonadado, y su actitud en la siguiente escena es en extremo sumisa y turbada. El acento cariñoso con que D. Juan le habla, hace en él profunda sensación.)

ESCENA IX.

D. JUAN, LINDO.

LINDO. ¿Qué quereis de mí?

JUAN. Hijo mío...

Deja que te llame así:
quiero que no huyas de mí,
ni me escuches con desvío.
Nunca esquivó un pecho hidalgo
súplicas de un caballero,
y yo te suplico... y quiero
ofrecerte cuanto valgo.

LINDO. ¡Á mí!

JUAN. Á tí, que eres bueno;
á tí, que á tu madre adoras,
y ricas lágrimas lloras,
y estás de amargura lleno.

LINDO. ¡Dejadme!

JUAN. Luchas en vano:
gané ya tu voluntad;
que hay infinita bondad
en tu corazon cristiano.

LINDO. ¿Venis á enojarme?

JUAN. No. Vengo á estimarte; ¿qué quieres?
Te tengo aficion, porque eres
desdichado como yo.

¡Yo mas! ¡que aun vela por tí
de una madre el amor santo!

¡Te quiere tu madre tanto!
¡Quiérela tú mucho!

LINDO. (Mirándole enternecido.) ¡Si!

JUAN. ¡Cuánto por tí suspiró
noche y dia!... no te asombre;
una madre... ¡dulce nombre!
¡Yo no tengo madre!

LINDO. ¿No?

(Con infantil interés.)

JUAN. ¡No! ¡Y siento aquí un vacio!...
¡Ay! ¡son las madres tan buenas!

- ¡No des á la tuya penas!
¡Cuidala mucho, hijo mio!
LINDO. ¡Mucho! (Mirádole mas conmovido.)
JUAN. Fío en tu cariño.
LINDO. ¡Está enferma! (En tono confidencial.)
¡Enferma!
(Con amarga convicción.)
JUAN. ¡Oh!
y eres tú la causa.
LINDO. ¿Yo?
JUAN. ¿Lo ignoras?... ¡eres tan niño!
LINDO. ¿Qué tiene?
JUAN. Su mal es grave;
lleva en el alma el dolor...
y ello, en fin... siento temor...
LINDO. ¿Temor? ¿qué temeis? (Sobresaltado.)
JUAN. ¿Quién sabe?
Su continuo malestar...
¿Ves esta cruz en mi pecho?
(Lleva una cruz de oro pendiente del cuello.)
¡Esta cruz recuerda un hecho
que hace á tu madre penar!
LINDO. ¿Cuál?
JUAN. Vá siempre en su memoria
una historia habida aquí...
¿quieres escucharla?
LINDO. Si. (Con afan.)
JUAN. Pues empiezo: oye la historia —
Vivia en esta ciudad
una dama noble y bella
con tanta infelicidad,
que vivió, tal fué su estrella,
en continua soledad.
Madre fué... ¡y no bien llegada
tal dicha, perdióla luego!
¡Madre fué desventurada!
Tuvo un hijo la euitada,
y nació aquel hijo ciego.
Y un sol y otro amanecía
dorando aquellas montañas,
y pasó un dia... otro dia...
y el hijo de sus entrañas

la luz del sol no veía!
Sus negros ojos velaba
siniestro y oscuro manto;
¡la pobre madre lloraba...
y en los ojos adoraba
que nunca vieron su llanto!

Quiso curarle... «Ten,» dijo,
«santa luz presta esta cruz;
(Mostrando la que lleva al pecho.)

reza y sanarás.» ¡Y el hijo
rechazó este crucifijo
que diera á sus ojos luz!

«Hijo, reza!»—Él se negó.

Rogó el maternal cariño;
con lágrimas suplicó...

y el desventurado niño
la súplica desoyó.

Rogó mas... Inútil ruego;
y al fin, perdido el sosiego,
postróla horrible agonía...

¡ay! ¡sin ver el niño ciego
que su madre se moría!

¡Vivir con su hijo esperó
vida muy larga y feliz!

Triste y joven... espiró!

LINDO. ¿Murió al fin?

JUAN. Al fin murió!

LINDO. ¡Pobre madre!

JUAN. ¡Hijo infeliz!

Su desdicha fué mayor.

¡Solo... sin guía en el mundo,
sin la madre de su amor!...

¡Nunca pruebas tan profundo
dolor, como su dolor!

(Lindo se halla sumamente conmovido; D. Juan le trae á sí.)

¡Tu madre solo en tí espera,
y con delirio te quiere!

Aleja su hora postrera.

Tu pobre madre se muere...

¡ay, que por tí no se muera!

¡Esta cruz la salvará,

(Quitándose la del pecho.)

y á tus ojos dará luz!

(Lindo se apodera con afán de la cruz, que besa apen-
gado en llanto, á tiempo que prorrumpe dentro el
órgano en una melodía, y aparece Nativa sumamen-
te débil y fatigada en la puerta del coro.)

¡En ella tu dicha está,

adora esa santa cruz

y tu madre vivirá!

¡Reza con afán! ¡Dios mira

tu fervorosa oracion!

¡Llora... hijo mio... suspira!

(Estrechándole entre sus brazos.)

Ven. ¡Cuánta bondad respira

tu afligido corazón!

¡Llora mas!

ESCENA XI.

NATIVA, D. JUAN, LINDO.

NATIVA.

¡Dios mio!

JUAN.

¡Ten!

(Poniendo la cruz en el cuello de Lindo.)

NATIVA. ¡Reza... reza con afán! (Llegando hasta el.)

LINDO. ¡Madre de mi alma! (Grito de expansion.)

NATIVA. ¡Ven! (En sus brazos.)

¡Bendito seas, don Juan!

¡Bendito seas amen!

LINDO. ¡Madre mia!

NATIVA.

¡Hijo del alma!

LINDO.

¡Perdon!

NATIVA.

¡Ángel de mi vida!

LINDO.

Tu largo penar olvida;

vuelva á tu pecho la calma:

¡no llores, madre querida!

NATIVA.

¡No lo creas! ¡Llorar yo?

(Tornando á quedar en éxtasis.)

¡Y por qué? Nada hay que altere

mi reposo... (Desfalleciendo.)

JUAN.

¡Cielos!

(Conduciéndola al sillón, donde cae desfallecida.)

- LINDO. (Interponiéndose.) ¡Oh!
¡Se muere, señor, se muere!
- JUAN. ¡No, hijo de mi alma, no!
(Desviándole de Nativa con dulzura. D. Juan llega á la puerta del coro, donde se presenta la Abadesa. Las monjas se dejan ver arrodilladas detras de la grada.)
- NATIVA. ¡Ay! ¡cuánta felicidad!
(En tranquila y dulce agonía.)
- LINDO. Ya por la tuya recé:
¡sé feliz!
(Viniendo al proscenio y besando la cruz de rodillas.)
¡Dios de bondad,
bendice mi amante fé!
- JUAN. Venid.
(Llegando en socorro de Nativa con la Abadesa.)
- NATIVA. ¡Silencio! ¡Mirad!
(Incorporándose con lentitud y siguiendo mentalmente la oracion de Lindo.)
- LINDO. ¡Santa cruz, por Dios creada!
¡Símbolo de redencion!
¡Yo te adoro, cruz sagrada!
- NATIVA. ¡De pureza inmaculada
brotó fé en su corazón!...
(Es la luz del bien!... ¡Contrito...
se postra ante Dios de hinojos!
¡Bendito es de Dios... bendito!
Se vá...
(Como queriendo quitar un velo que cubriera sus ojos.)
Se oculta á mi vista...
No... está allí... (Cae en el asiento.)
¡Goze infinito
me embarga el verle!...
¡Nativa!
- JUAN. ¡Partiré con él!... Le creo...
(En profunda abstraccion.)
No condenes su deseo...
(Buscando á D. Juan.)
y no le mates... ¡que viva!...
- JUAN. ¡Oh! ¡Dios mio!

- NATIVA. ¡No le veo!
(Pasando repetidas veces las manos por los ojos.)
¡Allí! (Señalando al cielo.)
¡Qué dicha la mía!...
Allí felices los dos
viviremos... ¡Oh alegría!...
¡Oh!...
(Quédase inmóvil con la vista clavada en Lindo.)
- JUAN. ¡Nativa!... ¡Inmóvil!... ¡Fria!...
¡Muerta!!
(Cae abatido á sus pies. La Abadesa ha llegado á Lindo, que se halla en profundo recogimiento, y poniendo sobre su cabeza la mano izquierda eleva al cielo la derecha, como trayendo hácia Lindo la bendición.)
- ABAD. ¡Bendito de Dios!

FIN DEL DRAMA.

María y Mar 3.
Madrid en 1818.
Madrid á vista de pájaro.

Megro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hom-
bre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.

Olimpia.

Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el
desagravio del Cid.
Por la puerta del jardín.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.

¿Que convidó al Coronell...
¿Quien mucho abarca.
¿Qué suerte la mía!
¿Quién es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imagen.
Se salvó el honor.
Santo y pecador.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómíne como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huésped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.

Uno de tantos.
Un magdo en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemarropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de corte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la
Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
A cual mas feo.

Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Céiro y Flora.

D. Sisenando.
Doña Mariquita.
Don Crisanto, ó el Alcalde pro-
veedor.

El Bachiller.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El calésero y la maja.
El perro del hortelano.
En Ceuta y en Marruecos.
El leon en la ratonera.
El último mono.
Enredos de carnaval.
El delirio (drama lírico.)
El Postillon de la Rioja (*Música*)
El Vizconde de Latorieres.

El mundo á escape.
El capitán español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.

Juan Lanas. (*Música.*)
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro
omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estalpa encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la corte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones
de Edimburgo.
La Jardinera (*Música*)
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios
quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Albacete.....	Perez.	Mahon.....	Vinent.
Alcoy.....	Martí.	Málaga.....	Taboadela.
Algeciras.....	Almenara.	Idem.....	Cañavate.
Alicante.....	Ibarra.	Mataró.....	Abadal.
Almería.....	Alvarez.	Murcia.....	Hered. de Andrión.
Avila.....	Palomares..	Orense.....	Robles.
Badajoz.....	Rino.	Orihuela.....	Berruezo.
Barcelona.....	Hered. ^a de Mayol.	Osuna.....	Montero.
Idem.....	Cerdá.	Oviedo.....	Mántaras.
Bejar.....	Coron.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Bilbao.....	Astuy.	Palma.....	Gelabert.
Burgos.....	Hervias.	Pamplona.....	Barrena.
Cáceres.....	Valiente.	Pontevedra.....	Verca y Vila.
Cádiz.....	V. de Moraleda.	Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Reus.....	Prius.
Castellon.....	Perales.	Ronda.....	Gutierrez.
Ceuta.....	Molina.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Real...	Arellano.	San Fernando...	Meneses.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.	Sanlúcar.....	Esper.
Córdoba.....	Lozano.	Santa Cruz de Te-	
Coruña.....	García Alvarez.	nerife.....	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Laparte.
Ecija.....	García.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijón.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y Comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara...	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Pujol
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	Mestre.	Valencia.....	Moles.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. ^a y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	Galindo.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	C. Treviño.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
Lucena.....	Cabeza.	Zaragoza.....	V. de Heredia.